R 40532

DISCURSOS

LEIDOS ANTE

LA ACADEMIA ESPAÑOLA,

EN LA RECEPCION PÚBLICA

DE

DON ADELARDO LOPEZ DE AYALA,

el dia 25 de Marzo de 1870.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA · BIBLIOTECA ·

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, NÚM. 18.
1870.

DISCURSO

DE

DON ADELARDO LOPEZ DE AYALA.

SEÑORES:

Muy difícil de justificar seria la alta merced que me habeis hecho, abriéndome las puertas del primer cuerpo literario de la nacion, si la profunda gratitud con que la recibo no ayudase en parte á disculpar vuestra excesiva benevolencia. Gustoso me detendria á manifestar cuánto excede el premio al merecimiento, y cómo habeis antepuesto la benignidad á la justicia; pero debo ser muy parco en este punto, porque, una vez designado por vuestros votos, no me parece la mejor manera de corresponder á vuestros favores empeñarme en convenceros de injustos; y porque siendo ademas costumbre en todos vuestros ilustres elegidos comenzar sus primeros discursos con estas ó semejantes palabras, temo que llegue á pareceros rutinaria la gratitud y sospechosa la modestia. Pero si cada uno de vosotros repasa en este instante los grandes servicios que sus actuales compañeros han prestado á las letras españolas, y si todos juntos elevais la consideracion al saber, ingenio, virtud y doctrina de Jovellanos, Cienfuegos, Huerta, Melendez, Quintana y tantos otros preclaros españoles que aquí tuvieron su merecido asiento; si

acercándonos más a nuestros dias, recordais que ayer mismo, Galiano, el Duque de Rivas, Pacheco, Vega y Pidal, aumentaban los timbres de la Academia Española con sus escritos imperecederos, iluminaban sus discusiones con la palabra viva, y hoy le dejan en herencia la gran solemnidad con que la muerte sanciona los altos merecimientos, comprendereis fácilmente que el que por efecto de vuestra bondad se encuentra de pronto partícipe de tanta gloria y sucesor de tan ilustres antepasados, no es de la costumbre, sino de lo íntimo de su corazon de donde saca las palabras con que se muestra agradecido, porque en este solemnísimo momento no hay soberbia que no se quebrante, gratitud que no sea profunda, ni modestia que no sea verdadera.

Objeto de especial mencion, al enumerar, si bien de pasada, algunos de los blasones de la Academia, debe ser para mí la memoria de mi célebre y elocuente predecesor el Excelentísimo Sr. D. Antonio Alcalá Galiano. Acaso la importancia de su nombre deberia obligarme á elegir para tema de esta oracion el exámen crítico de sus libros y discursos. Pero no es posible hablar de un hombre que con tanta frecuencia puso las manos y el entendimiento en los árduos negocios del Estado, sin tocar algunas cuestiones que todavía encienden y dividen los ánimos, y que en mi sentir no deben nunca venir á perturbar la constante y augusta serenidad de este recinto. Y cuando este no fuera un inconveniente verdadero, yo soy el único á quien no es lícito, al ménos en este momento, juzgar al Sr. Galiano con aquella entera independencia que hace levantada y provechosa la crítica. Si olvidando sus fueros, doy lugar exclusivo á la alabanza, parecerá que con sobornada benevolencia le agradezco el puesto que me dejó vacante: si emito libre el juicio, movido sólo de mi carácter independiente, la misma imparcialidad, la justicia misma, ejercidas en el pro-

pio sitio que él ocupaba, delante de sus cenizas, aún calientes, no podrán ménos de sonar en vuestros oidos como atrevimiento y desacato. Básteme, pues, recordar en gloria suya y en cumplimiento de la loable práctica establecida, que la elocuencia le mostró los caminos que conducen al frenético aplauso; la poesía las bellas imágenes que deleitan el alma, y la historia los graves ejemplos que sirven de enseñanza á las naciones. Yo respeto su triple corona de historiador, de poeta y de tribuno, y remito el juicio crítico y exámen detenido de sus obras á los que, desligados de mis presentes obligaciones, puedan ser imparciales sin nota de irrespetuosos.

No consintiéndome las razones expuestas hablaros del célebre orador á quien sucedo, cualquiera que tenga alguna noticia de mi humilde persona, adivinará fácilmente cuál es el asunto á que habrán de llevarme mis naturales inclinaciones. Hablaré, en efecto, de aquella institucion que, segun el incrédulo Voltaire, es la obra maestra de la sociedad, y en opinion del sábio y piadoso jesuita Porée, superior á las especulaciones de la filosofía y á los documentos de la historia en eficacia para la enseñanza y direccion de los pueblos.

Si nunca he podido arrepentirme de la aficion que desde niño me inspiró el teatro, porque ella alguna vez me ha granjeado el beneplácito de mis conciudadanos, porque le debo mis recuerdos más agradables, los mejores placeres de mi vida, ménos podria olvidarla hoy que acaba de concederme el preciado título con que podré mañana llamarme vuestro compañero. Diré algo, pues, del teatro español y haré asunto de este discurso algunas de las prendas distintivas del más legítimo representante de su índole y tendencias, del dictador de sus leyes más generales, de aquel ingenio milagroso que aparece en la escena en medio de Lope, Tirso, Alarcon, Moreto, Rojas, Montalvan, Mira de Méscua, Guillen

de Castro, Mendoza y otros muchos, y á pesar de tan esplendorosa y abrumadora compañía,

el cetro adquiere
que aún en sus manos vigorosas dura.

Propósito inútil ó temerario parecerá á muchos emprender la crítica ó panegírico de *D. Pedro Calderon de la Barca*, cuyo mérito ha sido ya depurado en el juicio definitivo de la posteridad. Los ingleses le alaban, los franceses é italianos le imitan con frecuencia, y los alemanes le estudian incansables y le aplauden con creciente entusiasmo.

Yo, en efecto, creeria innecesario este corto homenaje de admiracion al ingenio del poeta, de respeto á la nobleza del caballero y de veneracion á la virtud del sacerdote, si mis palabras hubieran de encerrarse en este sitio, seguro de que no es aquí donde hay necesidad de avivar el amor á las glorias nacionales: pero estos discursos se imprimen, y copiándolos la prensa periódica, suele extenderlos hasta los últimos rincones de España, donde desgraciadamente es más alabado que leido el autor de *La vida es sueño*. Entiendo además que en un período en que la duda, contaminando todos los espíritus, debilita el alma y hace indecisa la forma de nuestra literatura, no es fuera de propósito fijar una vez más la atencion en aquel autor afortunado que jamás dudó, y cuya fijeza de creencias y miras artísticas presta á sus obras la severa unidad que tanto contribuye á la honda impresion que causa su conjunto. Cuando olvidados de lo que fuimos, y esquivando el trabajo de estudiar lo que somos y de enseñar lo que debemos ser, pedimos á los extraños cuotidianas inspiraciones, que mal disfrazadas de españolas, inundan nuestros hogares, produciendo igual estrago en las conciencias y en el idioma, no me parece inútil insistir en la reco-

mendacion del gran poeta, á quien era imposible dejar de ser español ni por un momento, y en cuyas obras palpita entero el corazon de la patria. Cuando invade nuestro teatro una literatura dramática atolondrada y raquítica, que unas veces frívola sin ingenio nos roba el tiempo sin producir deleite ni enseñanza, y otras, al sentir la frialdad de su pobreza, se finge honrada y católica y sermonea y lloriquea para conseguir la limosna del aplauso, surge espontáneo en nuestra memoria el dueño de las grandes riquezas, el padre de los grandes efectos teatrales, el que, siendo de veras católico y honrado, creyó que para animar la escena necesitaba ademas ser inventor y poeta. Y en fin, cuando dentro y fuera de España hormiguean en el campo literario tantos mendigos de aplausos, famélicos de publicidad, que embriagados del amor que se profesan nos refieren minuciosamente los detalles más nimios de su vida, como asunto el más interesante á las presentes y futuras generaciones; fatigan la fotografía y visten las esquinas con sus estampas, y pródigos de sí mismos nos brindan con sus personas en todas partes, nueva y peligrosa epidemia que tiende á rebajar el carácter de los cultivadores de las letras; naturalmente se levantan los ojos á aquel varon magnánimo y constante, más olvidado de su persona y de sus obras que lo que á la gloria de España convenia, cuya cristiana modestia permaneció inalterable en medio del favor de tres monarcas, del aplauso de todas las naciones y de la veneracion de todo un siglo, y que, si una vez habló de sí mismo, fué para mandar en su testamento que lo llevaran á la sepultura con el rostro descubierto para desengaño de las miserias y vanidades del mundo.

Juzgo oportuno hacer algunas consideraciones generales que me servirán de guia al penetrar detalladamente en el asunto.

Es el teatro, en todas las naciones que han llegado al pe-

ríodo de su virilidad y á la completa aplicacion de sus principios constitutivos, la exacta reproduccion de sí mismas, la síntesis más bella de sus afectos más generales. De tal manera el teatro ha sido siempre engendrado por la fuerza activa de la nacionalidad, que allí donde esta se debilita y se extingue, aquel vacila y desaparece.

Sobrevivirán grandes filósofos, grandes líricos, grandes historiadores, grandes artistas; de seguro ni un autor dramático. Pudiera citar muchos ejemplos, bástame uno. Recordad á Italia, ensangrentado campo de la contrapuesta ambicion de españoles y franceses; el tibio amor que aún conserva á su nacionalidad la impide ser francesa ó española; su falta de energía no la consiente ser italiana. Pues en ese período de sobresalto, de indecision y de mundanza, produjo sin embargo escultores que convirtieron las piedras en símbolo eterno de lo bello; pintores cuyos lienzos reproducen viva la divina mansedumbre de Cristo, la tiernísima angustia de María; poetas que enriquecieron sus versos con los encantos de la naturaleza, los tesoros de la fantasía, las penas y delicias del amor y las altas empresas de las armas cristianas; filósofos, en fin, que con mirada profunda, si bien siniestra, penetraron las sombras más oscuras del alma. ¿A qué citar nombres que ya habeis recordado? La pintura, la escultura, la historia, la poesía lírica y épica le fueron familiares; débil y estérilmente intentó la dramática.

Siendo, como he dicho, el teatro la síntesis de la nacionalidad, no parece sino que aquellos pueblos que viven descontentos de sí mismos rehusan el espejo que los reproduce. Este fenómeno constante aclara la naturaleza de la poesía dramática y hace evidente la principal diferencia que la distingue de las restantes manifestaciones del arte.

Juzga de estas el individuo; de aquella la muchedumbre. Puede el individuo, prescindiendo de sí y abstrayéndose del

mundo que le rodea, interesarse en acontecimientos que le son extraños, comprender y aun ejercitar la sensibilidad en pasiones que no son las suyas y vivir con la imaginacion en todos los paises del globo. La muchedumbre jamás prescinde de sí misma: su criterio, resultante del de todos los que la forman, no es exactamente el de ninguno; al fundirse unos en otros los afectos y pasiones de todos sus miembros, pierden en variedad y en extension lo que ganan en fuerza y en exclusivismo, y con la gran soberbia que le es propia desecha como indigno de su atencion cualquier asunto que no sea ella misma. Confúndese fácilmente el individuo con el artista, y llevado del dulce placer que producen las infinitas variedades de la belleza, sigue sin esfuerzo los vuelos y caprichos de su fantasía. Al poeta dramático es forzoso confundirse con la muchedumbre: sus creencias, sus pasiones, sus costumbres, sus aspiraciones y afectos unísonos, son las fuentes genuinas de la inspiracion dramática: si estas no existen, carece el poeta de elementos para su obra. Sólo describiendo con verdad las costumbres de su país, adquirirá influencia para corregirlas; sólo sintiendo con vehemencia sus afectos, alcanzará prestigio para purificarlos.

Pudo Garcilaso, mientras la Europa se lamentaba oprimida del peso de las armas, cantar en sosegado retiro

el dulce lamentar de dos pastores.

Fray Luis de Leon exprimia en versos inimitables el ansía ardiente con que suspiraba por la posesion del cielo, en tanto que sus soberbios compatriotas aspiraban indómitos al dominio universal de la tierra. Cuando febril la actividad española se ejercitaba incansable en ambos hemisferios, consumia Fernando de Herrera las poderosas fuerzas de su ingenio en la estériles sutilezas de su amanerado platonismo; y en me-

dio de la lucha de todas las pasiones desenfrenadas, solitario Rioja prestaba la forma más bella á los conceptos más levantados y severos que ha inspirado jamás el desengaño cristiano. Pudieron, en efecto, *el cantor de las flores*, *el águila de Sevilla*, *el cisne de Granada* y *el Titiro Español*, retraidos del mundo en que vivian y contrastando con los sucesos que los rodeaban, crear, dulcificar, enriquecer y perfeccionar el habla castellana y dilatar el horizonte de las letras, mereciendo unánime aplauso de sus tiempos y sucesiva gratitud de los futuros. Pero ningun autor dramático, abstraido de su época y contrastando tan vivamente con ella, ha podido jamás animar la escena y promover el aplauso de sus contemporáneos. Todo lo dicho se hará evidente si observamos que aquellos ingenios atléticos que han sido más humanos que nacionales, más bien armónicos con todas las épocas que exclusiva expresion de una sola, la misma fuerza de su individualismo independiente que les ha inspirado obras inmortales les ha impedido sostenerse con gloria en el teatro. Cervantes, Quevedo y Byron me ofrecen su ejemplo y testimonio.

Lógicamente se deduce de las consideraciones expuestas que la misma naturaleza del teatro exige del autor dramático dos facultades primordiales y esencialísimas: la de identificarse en afectos, ideas, creencias y aspiraciones con el pueblo en que ha nacido y la de adivinar la manera de darles vida y realce sobre la escena. Espíritu de nacionalidad, intuicion de la forma y del efecto.

Pues estas dos condiciones del teatro, estas dos alas de la inspiracion dramática, ¿quién, señores Académicos, quién en los tiempos pasados ni presentes las ha agitado con fuerza tan poderosa y constante como D. Pedro Calderon de la Barca?

Por una coincidencia que suspende y admira, las exigen-

cias nacidas de la íntima naturaleza del teatro se convierten al examinar las obras de este autor en sus cualidades más distintivas, en sus rasgos más propios, confundiéndose en una sola abstraccion el arte y el artista. Lo que en el teatro es esencial, en Calderon es característico.

Fuerza será decir algo de los elementos que constituian la España de su tiempo para apreciar debidamente hasta qué punto supo inspirarse en ellos y presentarlos en la escena con todo el encanto y maravilloso relieve del arte. Lo haré con la concision propia del que se dirige á quien sabe lo que voy á decir.

Ocho siglos consecutivos en que nuestros padres pelearon sin tregua ni reposo por el templo de su Dios, el sepulcro de sus mayores y la cuna de sus hijos, (hecho capital en nuestra historia y sin ejemplo en la del mundo) estimularon y fortalecieron prodigiosamente todas las generosas cualidades que eran necesarias para asegurar el triunfo de tan venerandos objetos: el valor indómito, propio del que teniendo á Dios de su parte en ninguna ocasion se encuentra solo; impetuoso é incontrastable en el hombre que luchando por su perdida patria, mientras no la tiene le es estorbo la vida, como falto de esfera en que ejercitarla: la lealtad á los reyes que, caudillos primero de sus pueblos, conduciéndolos á la victoria, y padres despues, librándolos del yugo del feudalismo, presentaron al amor de sus vasallos el doble título del beneficio y de la gloria, encadenando sus corazones con los naturales efectos de la gratitud y del entusiasmo: el honor acrisolado en los combates, única garantía capaz de asegurar el cumplimiento de los tremendos deberes de la guerra. Y es natural que, durante una batalla de tantos soles, la mujer apareciese en la exaltable imaginacion de los guerreros como el bálsamo de tantas heridas, el reposo de tantos afanes, el premio de tantas victorias; como la reina, en fin,

de un hogar defendido por el incansable ejercicio de la espada é imaginado en medio de las asperezas de un campamento.

El amor idealizado por la guerra, el honor inflexible, la lealtad sin reservas, el valor sin excusas, fueron, pues, los eficacísimos auxiliares de la religion y del patriotismo, que fundidos en una sola idea eran el único espíritu viviente en todas las venas del Estado. Estos heróicos afectos y cualidades distintivas del español participaban de la vehemencia y exaltacion propias de la santa empresa en cuyo servicio se habian enardecido, y á cuyo triunfo simultánea y armónicamente concurrian.

Terminada la guerra de la reconquista y ántes que el sosiego de la paz y sus naturales consecuencias hubieran calmado esta vehemencia característica del español, súbitos y poderosos incentivos la estimularon nuevamente al nacer el siglo XVI, hermano gemelo del emperador Cárlos V. Á los hijos de Mahoma reemplazaron en el campo de batalla los sectarios de Lutero: á la completa posesion de España sucedió inmediatamente el descubrimiento de un Nuevo Mundo, como si la Providencia hubiera querido experimentar por espacio de ocho siglos la constancia española, ántes de confiarla el sublime encargo de llevar por primera vez las banderas de Cristo á las inmensas antípodas regiones. Las guerras de religion mantuvieron en su entereza primitiva aquel carácter ferviente, osado y aventurero, creado por la reconquista y tan fielmente impreso en las sencillas y enérgicas páginas de nuestro *Romancero*. Las novedades, encantos y misterios del Nuevo Mundo, las increibles aventuras é inauditas proezas de que fué teatro, prestaron tanta verosimilitud á las fantásticas quimeras de los libros de caballería, que no parece sino que sus primeros autores las concibieron inspirados por el vago presentimiento del próximo y maravilloso destino del pueblo castellano.

Tal era la España que D. Pedro Calderon de la Barca se propuso reproducir en la esfera del arte; pues aunque en el siglo XVII eran ya evidentes los síntomas de su decadencia, aunque ya podia pronosticarse que aquella voraz excitacion del espíritu habia de concluir debilitando todos los miembros de la gigantesca monarquía, aún no habia mediado el espacio de tiempo que necesita el infortunio, por violento que venga, para estragar los afectos y rebajar el carácter de una nacion sostenida por la fe, fortificada en tan rudas pruebas y ensoberbecida con el laurel de tantas victorias.

Basta recordar los títulos de las obras de Calderon para comprender que componen su teatro los mismos elementos que hemos señalado como constitutivos de la sociedad española. Examinémoslos separadamente.

Era la religion el resorte más eficaz de su patria: á la fe religiosa consagra nuestro autor sus afectos más íntimos, sus meditaciones más profundas y las flores más delicadas de su fantasía. El sentimiento más vivo de su país debia ser el asunto de su primera inspiracion. Á los trece años aparece autor de *El carro del cielo*. Ningun autor se ha retratado tan fielmente en su primer intento. Pasma y enamora contemplar este primer vuelo de aquel águila precoz que, impaciente sin duda por penetrar todos los misterios de la creacion, se lanza atrevida al carro de Elías y se coloca en medio del espacio para percibir á un tiempo las inefables melodías del cielo, las hondas inquietudes de la tierra, las angustias y esperanzas del purgatorio y los desesperados clamores de la *ciudad doliente*.

Recordad la varia muchedumbre de sus autos sacramentales, magnífico monumento elevado en honra de la piedad española, eco sublime de la bula en que Urbano IV instituyó la festividad del SANTÍSIMO SACRAMENTO. Allí es donde el autor se encuentra más espaciado; allí le vemos

en plena posesion de sí mismo. En el ancho espejo de su imaginacion ilimitada se reflejan los cielos con más verdad que en las vastas llanuras de los mares, unas veces serenos y apacibles como la aspiracion y el premio de los justos, otras tempestuosos y amenazadores como los atributos de la justicia, y otras impenetrables y oscuros como los misterios que ejercitan la fe; pero siempre dejando vislumbrar los rayos de la bondad divina, que pugnan por desvanecer las densas nubes de la ignorancia y del pecado.

Nos hace presenciar el sublime momento en que, coronando las magnificencias de la creacion, infunde Dios el soplo de vida en el primer hombre. Nos muestra el alma descendiendo llorosa de las *purpúreas* esferas, y el cuerpo inanimado sobre la tierra, pero ya confusamente conmovido con la esperanza de su próxima exaltacion, y hasta nos hace oir lo que dirian, á poder hablar, antes de unirse. Oigámoslos:

ALMA. Patria hermosa en que nací,
forzada á la tierra voy,
pero en cualquier parte soy
lo que en mi principio fuí:
no ha de haber mudanza en mí,
que aunque Dios me hizo de nada,
me hizo eterna; y desterrada
de esta celestial esfera,
al esposo que me espera
protesto que voy forzada.
Protesto que en la prision
del cuerpo en que he de asistir,
siempre desearé salir
por volver á mi region.

CUERPO. ¿Cuándo de esta confusion
saldrá mi ciego sentido?

ALMA. Cuándo, amado patrio nido,
á tu centro volveré?

CUERPO. Nada soy, nada seré.

ALMA. Siempre seré, pues ya he sido.

Se abrazan el cuerpo y el alma: la vida enciende su antor-

cha, y los tres caminan por el mundo, seguidos del pecado y de la muerte.

Asistimos á la tragedia del paraiso: vemos ásperos y rebeldes al hombre los mismos elementos que ántes le eran afables y sumisos: escuchamos los ayes de sus primeros dolores y los sollozos de su arrepentimiento:

> Castígame como padre,
> no como juez me destruyas.

Ya no siento tanto mis penas, dice el hombre enternecido dirigiéndose á Dios,

> Como el ver que el padecerlas
> ha de ser en ira tuya.
> ¡Tú aborrecerme, Señor,
> y yo aborrecerte! ¡Oh! Nunca
> la naturaleza humana
> llegue á tanta desventura!

Suenan las promesas de la redencion del género humano y contemplamos su exacto cumplimiento al brotar en el costado de Cristo la fuente viva de la gracia, que distribuida en los raudales de siete sacramentos desciende incesante á lavar las manchas de la culpa.

Explica Calderon los diferentes caractéres de la ley natural, la escrita y la de gracia. Conversa cariñosamente con la ignorancia, esclareciéndole *Los misterios de la misa*. Reprende á los que, incurriendo en error pagano, atribuyen los bienes y los males á la fortuna para mostrarse hipócritamente quejosos é ingratos con la Providencia, asegurando que *No hay más fortuna que Dios*. No hay *instante sin milagro*, grita á la incredulidad.

Plantea y desenvuelve las cuestiones más abstractas, jugando con su asunto, segun la frase de nuestro inolvidable amigo Pedroso, como expone los misterios más profundos con fe tan sencilla, con tan inquebrantable serenidad, que no parece sólo que los cree, sino que los sabe.

Desde la creacion del primer hombre hasta la muerte del Justo, no hay figura del Nuevo ni del Viejo Testamento, no hay profecía, parábola ó tradicion piadosa, que no sea expuesta en su teatro sacramental con la varia y solemne entonacion que requieren tan levantados asuntos, con la ardiente y melancólica poesía, propia de las regiones en que tuvo lugar el drama de nuestra redencion, y al mismo tiempo con toda la claridad que era indispensable en obras escritas para ser representadas en la plaza pública y en presencia de todo un pueblo.

Consignados los fundamentos de nuestra fe; desenvueltos magistralmente los argumentos en que se apoya y las pruebas que la confirman; explicados todos sus preceptos con tanta lucidez que cualquiera de los espectadores puede exclamar con el autor:

> Tales todos ellos son
> que pudo habérnoslos dado
> la misma razon de Estado,
> cuando no la Religion,

pasa del teatro sagrado al profano; y, roto ya el velo de la alegoría y desembarazado del artificio de la parábola, nos muestra en acciones reales todo el fruto que la semilla evangélica, cultivada por el martirio, comienza á producir en el mundo. Vemos á Crisanto, hijo de un senador romano, silenciosamente iluminado por los rayos de la cruz, en medio de las tinieblas del paganismo; le vemos exaltarse al presenciar la bárbara muerte de su cristiano maestro Carpoforo, hasta el punto de confesar á voces, á la faz de los ministros de Numeriano, la religion de Cristo: encendida en el fuego de su heroismo, su prometida esposa Daria se declara cómplice del mismo delito, y en medio de los rigores del tormento, oimos la enérgica protestacion de fe de *Los dos amantes del cielo*. Sublime situacion que, reproducida despues por Cor-

neille, y últimamente enriquecida con las divinas melodías de Donizetti, todavía aparece sobre la escena, arrebatando el ánimo de los espectadores.

¡Ay de tí, pueblo infelice!
¡Ay de tí, mísera Hibernia!

grita el apóstol de Irlanda, procurando despertar á sus hijos del estúpido sueño del ateismo. El temerario Ludovico, tan enérgico en el pecado como en la penitencia, nos describe despues *El purgatorio de San Patricio.*

Voces lúgubres y misteriosas, que expresan conceptos jamás oidos, turban y suspenden la bulliciosa alegría con que la réproba descendencia de Cain rinde culto á su ídolo Astarot en cuyo templo se encuentra congregada. Todos los ojos y oidos atienden al sitio de donde salen tan extraños acentos:—un hombre se aproxima:—oigamos como le describe la hija del rey Polemon:

Es su estatura mediana;
su barba y cabello en crencha
partida á lo Nazareno
y de cenizas cubierta.
.....
El rostro es grave, la voz,
bien como de una trompeta,
armoniosamente dulce
y dulcemente tremenda.
Vivo esqueleto en un vil
báculo el cuerpo sustenta;
es todo su adorno un saco
ceñido con una cuerda.

Entra San Bartolomé repitiendo:

¡Cristo es el Dios verdadero!
¡Penitencia, penitencia!

El báculo en forma de cruz que le sostiene despide llamas que inundan el templo: enmudece el ídolo: y aunque des-

pues el pueblo de la Armenia inferior hace que su apóstol *mude la piel como culebra*, ya ha escuchado la palabra divina; ya tiene rotas en sus manos *Las cadenas del demonio*.

Vemos cautiva la cruz de Cristo y la piadosa hazaña con que el emperador Heraclio consigue *La exaltacion de la cruz*. *El gran príncipe de Fez* nos manifiesta que ni la bárbara intransigencia mahometana es muralla impenetrable á la sutilísima llama del Evangelio. En *El Príncipe constante*, Don Fernando de Portugal aparece el modelo del caballero cristiano. Entregando á Ceuta puede librarse del cautiverio que marchita su juventud y aflige su cuerpo: siente como humano el hambre y el frio, y todos los rigores de su fortuna, de quien amarguísimamente se queja. ¿Por qué no me das á Ceuta? le pregunta indignado el rey de Fez: «Porque es de Dios y no mia» le responde resignado el infante. Duérmese fatigado Enrique VIII sobre el mismo papel en que estaba escribiendo la refutacion de los errores de Lutero: aparece la imágen de Ana Bolena, borra lo escrito y dice:

«Yo tengo de borrar cuanto tú escribes?

Así comienza *La cisma de Ingalaterra*. ¡Soberbia exposicion! Ella sola manifiesta hasta qué punto la rebelion de la carne dió alas á la herejía que mas aflicciones ha causado á la Iglesia. En *La Vírgen de los Remedios*, *San Francisco de Borja*, *Judas Macabeo*, *La Vírgen de la Almudena*, *Desagravios de María*, *El José de las mujeres*, *La Margarita preciosa* y otras varias, es tambien la religion el principal resorte dramático, sin que jamás la osada fantasía del poeta relaje en lo más mínimo la severa ortodoxia del profundo teólogo. El mismo autor, que manejó los asuntos históricos con el notable descuido que sus críticos le echan en cara, trató con escrupulosa puntualidad los religiosos. Pero, ¿cuál era la historia de su país? ¿Cuál habia sido el im-

pulso de su política? No me incumbe juzgarla en este momento; pero es lo cierto que la religion habia provocado los supremos esfuerzos de la monarquía, y evidenciar los testimonios de nuestra fe equivalia á justificar nuestra conducta: reproducir en la escena las grandes virtudes inspiradas por el cristianismo era tanto como apelar á los altos ejemplos que anticipadamente abonaban el piadoso arranque de nuestros príncipes y el generoso concurso de sus vasallos. Al asistir á la representacion del grandioso drama *La exaltacion de la cruz*, al ver que el emperador Heraclio, cuando recibe la noticia de que los Persas han cautivado el símbolo de la redencion, rompe el retrato de la mujer á quien ama, como desprendiéndose de todo afecto humano, enluta sus banderas, con roncas trompetas y cajas destempladas convoca á su pueblo, y jura y cumple no esquivar peligro ni fatiga hasta poner la cruz de Cristo en el propio lugar donde la adoraron Elena y Constantino; al oirle exclamar:

Sagrado leño, yo os juro
de no volverme sin vos,
si mil veces aventuro
el mundo en rescate vuestro.
Pero ¿qué mucho, qué mucho
que todo el mundo aventure
por quien salvó á todo mundo?

¿Quién no recordaria á Felipe II, que en varias ocasiones pronunció casi idénticas palabras; que, ermitaño de su palacio, esclavo de su idea, flaco de cuerpo, fortísimo de espíritu, pugnaba incansable, como Heraclio, por llevar triunfante sobre sus hombros al templo de Jerusalen

el madero soberano,
iris de paz, que se puso
entre las iras del cielo
y los delitos del mundo?

Al aparecer en *La serpiente de metal* la imponente figura de Moisés; al contemplar la honda indignacion con que derriba y hace pedazos el becerro de oro, á cuyos piés se habia prostituido el pueblo de Dios, ¿qué espectador no recordaria la popular hazaña del más famoso de los hijos de Extremadura, que al derribar los ídolos en presencia del atónito pueblo de Motezuma, pudo exclamar con el Moisés de Calderon:

¡Ved vuestras idolatrías
qué dios adoran, villanos,
pues lo hicieron vuestras manos
y lo deshacen las mias!

No estaban en Grecia, ni en Roma, ni aun en las crónicas de los antiguos reinos de Castilla, las premisas y antecedentes de aquellos españoles que, en defensa de la verdad católica y á la sombra de sus banderas, lucharon en Alemania, en Flandes, en Italia, en Francia, en el archipiélago de Grecia, en África y América. Causas más altas engendraban las impetuosas acometidas é inquebrantables resistencias que ensangrentaron las tierras y los mares. Los fundamentos de la doctrina católica eran las sólidas razones de su política; la luz del evangelio, la justificacion de sus armas; las relaciones del cielo con la tierra, sus verdaderos antecedentes históricos.

De este modo consideradas, las comedias religiosas de Calderon son á la vez históricas y políticas. Si al juzgar estas obras los críticos afrancesados del pasado siglo hubieran podido colocarse á la altura de su autor, ¿quién duda que hubiera sido ménos frio y pedantesco el desden con que las trataron?

Si el valor y la lealtad, elementos designados entre los constitutivos del carácter nacional, no componen el único ni el principal resorte de ninguna obra determinada de nuestro

autor, en todas las suyas resplandecen, sin embargo, ambas cualidades. Á Calderon hubiera sido imposible vestir de caballero á ningun cobarde.

Todos sus personajes se muestran leales á sus príncipes: si alguno se exceptúa de esta regla, de seguro no es español. El mismo Gutierrez de Solís, al quejarse al rey D. Pedro de la conducta del infante D. Enrique, y al manifestar que está resuelto á lavar con sangre y cubrir con tierra su deshonra, añade en seguida:

No os turbeis, con sangre digo
solamente de mi pecho,
que Enrique, estad satisfecho,
está seguro conmigo.

La proximidad al trono le sirve de escudo.

Quiere Muley poner en libertad al infante D. Fernando, burlando la confianza y arrostrando las iras del rey de Fez; el noble portugués le contesta:

Muley, amor y amistad
en grado inferior se ven,
con la lealtad y el honor;
nadie iguala con el rey,
él sólo es igual consigo.

Se trata de un rey enemigo de la cruz; y el cristiano cautivo, por cumplir con la obligacion en que le pone su lealtad de dar este consejo, pierde la libertad y la vida. Prueba evidente de que nuestro autor no admitia excusas ni excepciones en los deberes de la fidelidad.

Rasgos semejantes esparcidos en todas sus obras, y la suma reverencia con que siempre habló de la púrpura, han disgustado á algunos críticos nacionales y extranjeros hasta el punto de calificar de adulacion tanto acatamiento y de servilismo tanta lealtad. El cargo es grave, y de ser justo

alcanza de lleno á Calderon, y trasciende á todos los dramáticos de su tiempo y aun al pueblo que tan calurosamente los victoreaba, imprimiendo en el carácter nacional un sello de mansedumbre que, ejercitada en la adulacion, tiene más de afrentosa que de evangélica.

La Academia me consentirá una ligera digresion encaminada á poner en su punto un elemento que ha sido tan importante en nuestra escena, y acaso el que ha producido contrastes más vivos y situaciones más interesantes.

Dejando á un lado el *Per me Reges regnant* que, convirtiendo la persona del monarca en representante de la voluntad divina, hacia imposible la adulacion y daba cierta solemnidad de obligacion religiosa á la obediencia; sin tener en cuenta nuestra natural desidia, más acomodada á abandonar las riendas del gobierno que á intervenir constantemente en los negocios públicos, hay sin duda en nuestro carácter alguna cualidad que ha hecho más necesaria en España que en ningun otro pueblo la preponderancia del principio monárquico.—¿Es acaso, como se desprende de la mencionada censura, nuestra índole humilde y nuestra genial mansedumbre? No necesitamos buscar en la historia la respuesta. ¿Cuál más concluyente que la misma sorpresa que nos causa la pregunta?—Es, sin disputa, nuestra indómita soberbia que, fecunda en todos los efectos de la discordia, ha buscado un escudo contra sus propios excesos, extremando la suprema autoridad de los reyes.

Contemplad á los españoles en todas las ocasiones y lugares en que, apartados ó exentos del yugo de la monarquía, dueños de su voluntad y árbitros de su conducta, han podido manifestar espontáneamente todas las cualidades y condiciones de su carácter.—¡Qué constantes en los trabajos; qué heróicos en los peligros; qué díscolos é ingobernables en la victoria!

Seguidlos léjos de su patria, y en todas partes vereis crecerles el ánimo á medida que se aumentan las adversidades y se alejan las esperanzas de socorro. Los vereis aislarse voluntariamente del auxilio humano, para esperarlo todo de Dios y de su esfuerzo; explorar mares, registrar volcanes, y, amantes de lo desconocido, penetrar con sus espadas donde nunca habia penetrado el pensamiento; los vereis debeladores de imperios, dominadores de razas, despreciadores del enemigo y de la muerte; capaces de soportar juntas todas las inclemencias del cielo y de la tierra; incapaces de sufrirse á sí mismos.

Repasad conmigo algunas páginas de nuestra historia.

¿Quién no recuerda conmovido aquel supremo instante en que la audacia española, conducida por el genio de Colon, vencidos los horrores y monstruos espantables con que la ignorancia poblaba las regiones de lo desconocido, pisó por vez primera las playas antípodas, é hizo evidente al mundo el gran secreto del Oceano? No hubo allí corazon tan rudo en que no penetrara algun sentimiento nuevo y sublime.—Todas las manos se levantaron al cielo, y cada uno le ofrecia, en holocausto de tan gran suceso, lo mejor de su alma. —La cruz de Cristo abrió sus brazos en la orilla, brindando con su amoroso seno á todos los hijos del Nuevo Continente. —No concibe el entendimiento una ocasion más acomodada para fundir en una todas las voluntades y gobernarlas con el prestigio de una sola idea. Bien pronto demostraron, sin embargo, los acontecimientos, que ni la próspera ni la adversa fortuna tiene poder para domesticar entre nosotros la discordia.—Con mal disimulada impaciencia soportaba Martin Alonso Pinzon su puesto de segundo. Habia sido este viejo marino igualmente respetado por las olas y por los hombres: inteligente, audaz, afortunado y opulento: altas cualidades que, en pechos españoles, suelen engendrar otra

que las desluce todas: la indocilidad propensa siempre á la rebelion. Los peligros y contínuas zozobras del viaje, excitando la parte heróica de su naturaleza, le mantuvieron fiel á las órdenes del Almirante. La fortuna dió libertad á su soberbia, y, proclamándose independiente, desertó de la escuadra.—Ni fué más segura la concordia en aquel fuerte de la Navidad, primer establecimiento que los españoles fundaron en América.—Treinta y ocho, elegidos entre los mejores, quedaron encargados de su presidio. Vehementes fueron las exhortaciones con que Colon procuró persuadirlos á la templanza y á la obediencia, sobre todo, del que les habia designado por jefe, en quien todas sus facultades quedaron delegadas: no lo fueron ménos las protestas con que todos se obligaron á ejecutar puntualmente sus instrucciones.—Llegó el momento en que era forzoso separarse.—Los unos, como centinelas avanzados de Europa, se quedaban custodiando la entrada de aquellas vastas y desconocidas regiones; los otros volvian á demandar recursos y á producir, con la noticia de que eran portadores, la sensacion más profunda que jamás habia acalorado la fantasía del mundo que desde entónces tomó el nombre de Viejo. La expansion de los corazones correspondió á la solemnidad del momento.—Reiteráronse de una parte los consejos y de otra las protestas. Con lágrimas en los ojos se estuvieron contemplando hasta que el mar los separó por completo.

Diez meses habian trascurrido apenas, cuando ya Colon, con recursos bastantes para establecerse sólidamente, divisaba por vez segunda las ya conocidas costas de América. Á medida que se aproximaba el término del viaje, se aumentaba en el Almirante y muy singularmente en todos los que le habian acompañado en la primera expedicion el ansia de abrazar á sus aislados compañeros.—¡Cuánto fruto podrian sacar de las inestimables noticias que en este tiempo ha-

brian adquirido de aquella isla y de sus mares adyacentes! ¡Cuánta riqueza podian haber acumulado, dada la simplicidad de aquellos habitantes que por cualquier bagatela cambiaban todo el oro que poseian, y cuánto placer ofrecian las futuras y amistosas pláticas en que recíprocamente habian de comunicarse los detalles é impresiones recogidos en ambos mundos! Al anochecer anclaron delante del fuerte de la Navidad: la proximidad de la noche hacia indecisos todos los objetos: era sin embargo indudable que la guarnicion debia haber notado la llegada de la escuadra: todos aguardaban inquietos alguna señal que anunciase la existencia de sus compañeros; pero ni una canoa surcaba la mar; ni una luz se divisaba en la orilla; ni llegaba á los atentos oidos una voz conocida y amiga: en vano los más gruesos cañones de las naves interrogaron los valles y los montes: apagados los ecos, seguian reinando las sombras y el silencio.—En todos los pechos surgió el presentimiento de una catástrofe: la luz del sol la hizo evidente.—Fué más poderosa nuestra genial indisciplina que todos los consejos, peligros y altos deberes que tan apretadamente persuadian el órden. Disputaron Escobedo y Gutierrez la legítima autoridad de Arana: se trataba de mandar en una peña guarnecida en el desierto por un puñado de hombres; no necesitó más alimento la guerra civil. Sangre española vertida por mano española imprimió la primer mancha en nuestro primer establecimiento. Semilla de discordia que, sembrada entónces, todavía fructifica. Diseminados los nuestros á quien ya no era posible juntarse en parte alguna sin venir á las manos; desprestigiada nuestra raza ante la indígena; olvidadas las precauciones militares, hallaron fácil ocasion los caribes para sorprender el fuerte y acabar luego con todos los extranjeros y áun con muchos de los indios amigos que acudieron en su defensa. Á la vista de los que acababan de desembarcar

mostró la claridad del dia los tristes despojos de esta tragedia. Aquellas armas esparcidas y rotas, aquellas ruinas abrasadas, aquellos cadáveres insepultos estaban diciendo con mudas voces al ánimo afligido: «Aquí se dividieron los hijos de España.»—Enseñanza tan elocuente como desaprovechada en lo futuro.

Ved, más tarde, á Hernan Cortés, al frente de una parte de su pequeño ejército, pasar en noche tempestuosa el rio de las Canoas con el agua en los pechos; llamar cerca de sí á los principales cabos; hablarles de justa defensa, de lícita venganza y de esterminio; y aguardar á que la luz del relámpago ilumine el camino para seguir la marcha. Preso deja en Méjico al Emperador Motezuma; no son indios los enemigos que le obligan á apercibir las armas; son españoles: y aunque el gran conquistador cae con la presteza y seguridad del águila sobre el campamento de Zempoala, desbarata á Pánfilo de Narvaez y se engrandece con sus despojos, las consecuencias de esta lamentable faccion provocan en seguida la tremenda catástrofe que áun conserva en la historia el expresivo nombre de la *Noche triste*. Aquellos gritos que exhalaban, al ver las descubiertas entrañas de los miserables prisioneros sacrificados á los ídolos, ántes eran acusadores de la discordia de los españoles que de la ferocidad de los indios.

Si recordais el vasto imperio de Atahualpa, deshecho y dominado por un puñado de aventureros, fijad la consideracion en el campo de Salinas, donde los parciales de Almagro y de Pizarro, parten el sol, se buscan y matan con el mismo coraje que ántes han ejercitado en los indios, que, testigos ahora del nefando combate, atruenan el aire con frenéticos gritos de alegría, al ver que deben á la discordia de sus opresores la venganza que nunca pudieron esperar de sus propias manos.—Ni los merecimientos, años y achaques del sin

ventura Almagro alcanzaron de su implacable enemigo que le concediera los pocos dias que le restaban de vida; ni los grandes hechos de Francisco Pizarro detuvieron despues las espadas de sus asesinos; ni la enseñanza de estos escándalos evitó la division de los mismos partidarios del hijo de Almagro, que una vez triunfantes, reprodujeron en su seno los pasados disturbios, y precipitaron trágicamente al jóven caudillo en la misma tumba de su padre.

Recordad la memorable expedicion de catalanes y aragoneses: el enérgico *desperta ferro* de los almogávares puso espanto en Asia y cuidado en Europa. En defensa de Andrónico vencen á los turcos y los arrrojan á los montes más ásperos de Armenia. La cruel ingratitud de los Paleólogos enciende su ira, y vueltos contra su pérfido aliado, destrozan y afrentan todas las fuerzas del imperio Griego; aniquilan el campamento de los Masagetas; muere á sus manos en campal batalla el Duque de Atenas, mal defendido de toda su nobleza y de las naciones que le auxiliaban. *Tracia*, *Macedonia*, *Tesalia* y *Boecia*, *penetradas* y *pisadas*, *á pesar de todos los príncipes* y *fuerzas del Oriente*, conservaron por mucho tiempo en su memoria la medrosa aparicion de aquellos soldados invencibles.—Hasta sus mujeres defienden los muros de Galipoli, é imitando el valor de sus ausentes maridos, rechazan escarnecidos y deshechos á los genoveses. No dijo por estas nuestro autor lo de *Las manos blancas no ofenden*. Pues, en medio de tantos peligros, en pais tan remoto, teniendo que ganar á cuchilladas el sustento de cada dia, bárbaramente pródigos de su sangre, volvieron contra sus mismos pechos aquellas pocas espadas que solo su valor hacia capaces de contener la inmunerable muchedumbre de sus enemigos; y de ninguno de ellos ni de todos juntos recibieron tanto daño como de sus propias envidias y feroces rivalidades.—Berenguer de Entenza, Rocafort, Garci Gomez Palacin, casi

todos sus heróicos caudillos perecieron devorados por la discordia. ¡Funesto testimonio de la ardiente indocilidad española!

Odiosa es esta parte de nuestro carácter; deslucimiento de muchas glorias y estorbo de grandes felicidades: con pena la examino; pero no siendo el silencio el que ha de corregirla, permitid que diga con la historia que ni la conformidad de la fe, ni la igualdad de costumbres, ni los vínculos de la sangre, ni la mútua conveniencia, ni el comun peligro, ni las exhortaciones evangélicas, ni la hostia consagrada partida en dos y comida á medias, como prenda y testigo de la alianza, fueron nunca poderosos, roto el freno de la monarquía, á contener nuestros espíritus rebeldes en los límites de la templanza, ni á reducirnos á prestar obediencia á los que en alguna manera podiamos conceptuar nuestros iguales.

Hé aquí el verdadero fundamento de la exaltacion del principio monárquico, que léjos de recibir su vida de la natural tendencia de los españoles á la servidumbre, estaba sostenido precisamente por todas las contrarias pasiones. No consecuencia de la humildad, sino razon de Estado de la soberbia. Era indispensable levantar de tal modo la persona del monarca, que, siendo imposible la rivalidad, fuera necesaria y constante la obediencia. Y en efecto: un canónigo, sin más armas que una cédula real y un breviario, sosegó las turbulencias del Perú y preparó la pacífica sucesion de los vireyes. Berenguer Estañol, delegado de un niño de la casa de Aragon, mantuvo en órden á los catalanes y aragoneses, pacíficos dominadores de Atenas, bajo el mando y proteccion de sus príncipes naturales. Espero que ningun crítico nacional ni extranjero se atreverá á buscar la causa de tanta sumision en la mansedumbre de los conquistadores de América y en la humildad de los almogávares.

Á pesar de todo, nunca confundió Calderon la reverencia con el culto, y supo marcar límites al respeto.

Oid lo que dice una reina á una dama que se arrodilla á sus piés:

De la tierra os levantad,
que esas ceremonias son
de quien con vana ambicion
á lo divino se atreve,
porque sólo á Dios se debe
tan cumplida adoracion.
En vano el hombre procura
esto para sí usurpar,
porque no debe adorar
la criatura á la criatura.

Firmísima por tantas causas ha sido siempre la lealtad en pechos españoles; pero nunca fué ménos enérgico el amor á la honra. Oid lo que dice un plebeyo parangonando los dos afectos:

Al rey la hacienda y la vida
se han de dar; pero el honor
es patrimonio del alma,
y el alma sólo es de Dios.

Dice Vieil-Castel, y algunos le siguen, que es el honor en el Teatro Español lo que era la fatalidad en el Griego. Ni por su orígen, ni por sus medios y resultados convengo en semejante identidad.

Varias causas contribuyeron á vigorizar esta prenda de nuestro carácter hasta el punto de hacer proverbial en el mundo el honor castellano. Heredamos de los Godos aquella inquieta altivez, celosísima de su dignidad y siempre pronta á remitir á las armas la satisfaccion de cualquier ofensa. Tuvo en la guerra de la reconquista, como ya dijimos, su mayor estímulo y su mejor empleo. El súbito acrecentamiento de nuestra monarquía, enalteciendo la honra de la nacion, hizo más severa y hasta más arrogante la de cada uno de sus in-

dividuos. La costumbre de nuestros reyes de asistir en persona á los combates, dando ejemplo de posponer su vida al cumplimiento de sus obligaciones, mantenia más cuidadosos de las suyas y más atentos á los ecos de su fama á todos los caballeros que guerreaban en su presencia y adquirian en los campamentos cierto carácter militar que conservaban despues en la vida doméstica, y hacia más difícil el pacífico arreglo de cualquier empeño en que directa ó indirectamente se atravesase la honra. Y estos caballeros eran casi todos los de España; y esta costumbre se dilató, con pocas excepciones, hasta el mismo Felipe IV, que estuvo al frente de su ejército en Cataluña. ¿No han de parecer soldados los galanes de Calderon si en efecto lo eran? El mismo abuso del derecho de vincular, que subdividió el estado en pequeñas é innumerables monarquías domésticas, y la cláusula de muchas fundaciones que obligaba al mayorazgo á usar un nombre ó un apellido determinado, generalmente el que recordaba las más altas glorias de la familia ¿quién duda que contribuyó á dar solemnidad á la honra, haciendo que cada uno de los poseedores de un vínculo mirase el lustre y reputacion de su casa, no como cosa propia, sino como depósito sagrado de que habia de dar estrechísima cuenta lo mismo á sus abuelos que á sus nietos?

Nada deja que desear el Teatro de Calderon en esta materia. Desde las más sutiles cavilosidades del pundonor, hasta las más sencillas exigencias de la honradez; desde el empeño en que un incidente casual pone á varios caballeros de sacar las espadas, hasta las terribles consecuencias del agravio más trascendental en el hogar doméstico, no hay situacion que no se presente, carácter que no se describa, ni teoría que no se desenvuelva.

En la célebre comedia titulada *Con quien vengo, vengo*, prometen separadamente los dos Ursinos, padre é hijo, apa-

drinar el uno á Sancho y el otro á Octavio en un lance que debe ser sangriento, segun el agravio que lo motiva. Salen los cuatro al campo: al ver el hijo á su padre en el bando contrario quiere buscar algun medio que excuse el desafío: son notables las palabras del anciano:

Cuando al lado de otro hombre
el que es caballero sale,
no ha de dar medio ninguno
porque él para nada es parte.
Con don Sancho vengo aquí;
yo no soy mio este instante:
bien hecho estará y bien dicho
cuanto hiciere y cuanto hablare.
Si él riñere, he de reñir;
haré paces, si hace paces;
que yo con quien vengo, vengo,
y aquí no conozco á nadie.

Riñen Sancho y Octavio: padre é hijo, cumpliendo con la costumbre de la época, cruzan las espadas: ámbos tienen por ménos doloroso exponerse á derramar su propia sangre que dar ocasion á que se dude del cumplimiento de su palabra.

Los empeños de un acaso, ingeniosísima comedia, es un tratado completo de honor caballeresco.

Ni las mujeres se mostraban contrarias á esta peligrosa bizarría de los hombres, que ántes participaban á su modo del mismo espíritu pendenciero: así aparecen en *Tambien hay duelo en las damas*, *¿Cuál es mayor perfeccion?* y muy especialmente en *El postrer duelo de España*. En esta comedia, no tan celebrada como merece, al reñir con su rival don Pedro Torrellas, tiene la desgracia de que se le caiga la espada de la mano y sufre la mortificacion de deber la vida á la generosidad de su adversario. Divúlgase el lance, á pesar del secreto que ofrece el vencedor. Dos mujeres amaban á don Pedro: ámbas le abandonan. Una le dice:

Estimo, don Pedro, y amo
más que á vos á vuestro honor;
y así, adios, hasta miraros,
don Pedro, vengado ó muerto.

La otra aún es más altiva: asegura que jamás podrá pertenecer

á un hombre tan desairado
que en campal duelo la espada
se le caiga de la mano,
y para vivír conmigo
venga con desdoro tanto
que lo que viva, lo viva
á merced de su contrario.

Difícilmente se apartan los hombres de lo que aplauden las mujeres. D. Pedro, juzgando que su rival ha quebrantado la ley del secreto, y apoyado en los fueros de Castilla y de Aragon, pide campo al emperador Cárlos V para probar, en singular batalla, que su contrario

anduvo mal caballero
en no matar con la espada
á quien con la lengua ha muerto.

Concede y preside el combate el mismo emperador, y cuando manda que se suspenda, haciendo suya la honra de los combatientes, se vuelve al condestable y le dice:

Escríbase luego al papa
Paulo Tercero, que hoy
goza la sede, una carta
en que humilde le suplique
que esta bárbara, tirana
ley del duelo, que quedó
de gentiles heredada,
en mi reinado prohiba
en el concilio que hoy trata
celebrar en Trento.

Ya veis que si el poeta pinta con entusiasmo y brio las cualidades mal empleadas en un duelo, el filósofo lo califica de bárbara y tirana herencia de gentiles.—Siempre que la pasion á la honra cae en error ó raya en fanatismo, expone con el vigor que le es propio la verdadera doctrina, aunque dejándose llevar despues del torrente de la opinion. Era demasiado español para no incurrir en este gallardísimo defecto.

No necesita, por cierto, ni protestas ni correctivos la conducta del singular alcalde de Zalamea, heróica representacion de la honradez y dignidad de los plebeyos. De Calderon es la gloria de haber inventado los animados y bellísimos cuadros en que se desenvuelve este carácter, y de Extremadura la de contar entre sus hijos al enérgico y valeroso villano. Aún se conserva en Zalamea la tradicion de este suceso: aún señalan sus vecinos el sitio en que estuvo la casa de Pedro Crespo, y el cercano monte, teatro de la desgracia de su hija.

Al considerar la honra en su aspecto más importante, como garantía de órden y moralidad en el seno de las familias, todos sin duda recordareis tres obras maestras del poeta madrileño: *El pintor de su deshonra*, *El médico de su honra* y *Á secreto agravio, secreta venganza*: son creaciones concebidas con tanta valentía y ejecutadas con tanto acierto, que ellas solas serian suficientes á caracterizar una época y á ilustrar un teatro.

Igual es el asunto de los tres dramas; igual el desenlace; pero ¿qué variedad en la escenas, qué diferencia en los caracteres, qué fecundidad en las situaciones! No aparecen aquí los celos, como en otras muchas de sus obras, bulliciosos y arrojados, sino que hiriendo á la par todos los afectos más íntimos del alma, su misma importancia los hace silenciosos, y en la solemne reserva con que proceden, anuncian de antemano sus terribles efectos.

Críticos hay que tachan de precipitados y aún bárbaros á estos maridos que castigan la sospecha de infidelidad con pena de la vida. D. Juan Roca halla á su mujer viviendo en compañía del hombre que se la ha robado, y oye que le dice:

Nunca fueron
tus brazos más agradables.

Confesemos que hay motivos para sospechar. En este momento los mata, y con armas de fuego, con armas tan ruidosas como el escándalo movido por su desgracia.—Tenaz y evidente es la intencion que abriga Leonor de ofender á Don Lope de Almeida: ni la dulzura la retrae, ni la amenaza la asusta. No es necesaria la consumacion del delito para justificar la conducta del marido. Secreto ha sido el agravio; de la misma naturaleza participa la venganza.—La Doña Mencía de *El médico de su honra* es sin duda la más desventurada; pero si tenemos en cuenta, no lo que sabemos como espectadores, sino lo que aparece á los ojos de Gutierre Alonso Solís, comprenderemos que éste procedió movido, cuando ménos, por tantos motivos como el mismo D. Lope, y que toda la desgracia de Mencía es hija legítima de su imprudencia. Es verdad que despues de detener á su amante, que quiere huir al saber que está casada; de aconsejarle en presencia del marido que busque y oiga *á la dama* de quien se cree ofendido; de hablar con él en el jardin á donde acude estimulado del anterior consejo, y despues, en fin, de no hacer nada para evitar que se repita tan peligrosa escena, se queja Mencía de la conducta del Infante.—Es natural en las mujeres de todas las épocas, despues de arrojar combustibles al fuego con sus propias manos, mostrarse sorprendidas y quejosas de la actividad de la llama. Convengo, no obstante, en que hay más desgracia que culpa en estas mujeres. Pudo el autor haber hecho igualmente justo el cas-

tigo de las tres; pero hubiera tenido, para conseguirlo, que rebajar grandemente su carácter moral, y jamás juzgó digna del arte la liviandad que procede de sí misma.—Repugnan, sin embargo, á nuestras costumbres, estos maridos tan crueles, y mucho más si comparamos su ruda entereza con el dulce trato de los que ahora se usan. Pero esta extrañeza ¿nace quizás de que, estando nosotros más penetrados de la caridad evangélica, nos inclinamos naturalmente á perdonar nuestras injurias y á amar á nuestros enemigos, ó tiene acaso su orígen en que, derramada nuestra existencia en plazas, cafés, casinos y asambleas, ha perdido su concentracion la vida doméstica y nos sentimos incapaces de todas las resueltas acciones que son hijas de la integridad de los afectos? No hace á mi propósito contestar ni examinar esta pregunta: bástame consignar que Calderon manifestó en muchos pasajes de sus obras lo que pudiera haber de erróneo en esta materia, y con más valentía que nadie hasta entónces lo habia hecho, en aquel monólogo de D. Juan Roca, que empieza diciendo:

> Poco del honor sabia
> el legislador tirano
> que puso en agena mano
> mi opinion, y no en la mia.

Y tengan en cuenta los que acusan á Calderon de haber exagerado monstruosamente las costumbres de su tiempo, que las leyes de Partida, vigentes entónces en esta materia, consentian al marido ultrajado la facultad de ejecutar la pena de muerte dentro de su casa; facultad de que usaron con harto lastimosa frecuencia.—Ya Lope de Vega, pues no es otro el protagonista de la *Dorotea*, nos cuenta, al evocar entristecido los recuerdos de su primera juventud, que aquella su hermosísima prima, á quien debió las primeras caricias

amorosas, murió violentamente á manos de su celoso marido. —En 1643, cuando el génio de Calderon brillaba en su apogeo, tambien los celos de dos maridos, segun Pellicer, costaron la vida á dos mujeres. Tal vez á la circunstancia de ser uno de ellos pintor debemos *El pintor de su deshonra*. Así lo indica el erudito colector de sus obras, don Juan Eugenio Hartzenbusch, ilustre compañero nuestro, á quien siempre deberán las letras españolas, no sólo la riqueza de sus inspiraciones propias, sino la constante y virtuosa aplicacion con que ha procurado el lucimiento de las agenas.

Y si no basta lo dicho para disuadir de su engaño á los que tienen á Calderon por un soñador extravagante, yo pondré delante de sus ojos tal documento que haga patente, á pesar suyo, la completa identidad que existe entre las obras calderonianas y las costumbres de aquel tiempo.— Si en alguna parte es posible oir alguna vez la verdad desnuda de todo artificio, es sin disputa en el tribunal de la penitencia. ¿Quién duda, señores, que es este sitio el más acomodado para conocer íntimamente los resortes y la naturaleza de un pueblo católico? Pues oid lo que el Maestro Fray Pedro Malon de Chaide dice con respecto á los caballeros de su tiempo, adoctrinado con la práctica del confesonario: «Decidles á estos que miren el Evangelio que profesaron; que miren que dice Dios que si no perdonan que no los perdonará; decidles que les va no ménos que el alma en ello; que miren que la verdadera honra es servir á Dios y ser buenos cristianos; decidles que Dios se lo ruega desde una cruz donde está él mismo rogando por los que le quitaron la vida; tomad aquella sangre que derrama, y así, caliente como sale, dadles con ella en el rostro y decidles: «esta sangre sea testigo de tu condenacion el dia de tu muerte, pues ni por ella quisiste

perdonar á tu hermano;» que aunque hagais todo esto, no hayais miedo que persuadais á uno de estos honrados cristianos, y que por tales se tienen, á que perdonen una injuria; y si en ello les tratais, os dirán que les trateis primero de que son caballeros; despues les acordareis que son cristianos.» Esto mismo hubiera dicho Calderon en el púlpito: en el teatro no hablaba él, sino los caballeros á quien increpa Malon de Chaide.

Ya veis que aquellos caractéres que, en fuerza del vigor con que están descritos, parecen los más exagerados, son precisamente los que se acercan y áun confunden con la verdad.

Aquella dulce y poderosa pasion, alma del arte, encanto de la vida y perpétua invasora de las regiones ideales, aparece en su teatro con la expresion propia del tiempo y del carácter en que se desenvuelve y sin perder nunca ninguno de los atributos con que reina por igual en todos los humanos. —Un vicio de su época y una gran cualidad de nuestro autor han contribuido igualmente á que muchos le juzguen incapaz de sentir y expresar afectos amorosos.—Cierto que su estilo, enérgico y dramático por excelencia, cae frecuentemente en afectacion: no la disculpo: él mismo se burla de ella en varios pasajes de sus obras, y en uno asegura formalmente *que muchas veces descaece el que escribe de sí mismo, por conveniencias del pueblo ú del tablado.* Y así, pues, incurrió en este defecto por acudir á la primera y más perentoria necesidad de un autor dramático: la de ganarse su auditorio.—No es ménos nocivo al arte el contrapuesto realismo, hoy proclamado como sistema: temo que pase á contagio; porque es más fácil imitar los groseros modelos que nos rodean que remontarse á las peligrosas esferas de la fantasía; donde tambien reside la verdad, pero pura y sublime y sólo perceptible á la mente inspirada.—El ardiente espiritualismo

que le caracteriza le ha granjeado la indiferencia de todas las almas que aguardan para conmoverse el aviso de los sentidos: creyó Calderon que sólo el espíritu era digno campo de las pasiones en que el arte se emplea y siempre desdeñó el fácil camino de sobornar la materia, para ganarse la voluntad y excitar el entusiamo.—Hijo del alma es el lenguaje de todos sus enamorados, y merced al crédito que adquieren, tolera el decoro sin impaciencia la atrevida conducta de algunas de sus damas.

Pero prescindamos del colorido y fijemos la vista en el dibujo; no confundamos el traje con la figura, y veremos que á pesar de la balumba del guarda-infante, la mujer es bella, cariñosa y altiva, y que la actitud del galan, no obstante su cuello acanalado y pomposo, es digna é imponente y su fisonomía enérgica y apasionada.

Si examinamos en conjunto todas las formas en que presenta la pasion amorosa, hallaremos agotadas en su teatro cuantas penas, placeres, travesuras, hazañas y crímenes puede inspirar al hombre.

Animando la encantadora fábula de los griegos, nos presenta al hijo de Vénus, que embelesado en la hermosura de Psiquis, depone el arco y la flecha, y herido con sus propias armas y sintiendo en su pecho todas las penas que ha producido en los agenos, manifiesta, con general alborozo de sus víctimas, que *Ni Amor se libra de amor*. Hércules vencedor de hidras y sierpes, recobra nueva vida, y sintiendo de nuevo su pasion á Iole, confiesa apenado que, si él ha vencido fieras, *Fieras afemina amor*. Aura, ninfa de Diana, en quien la diosa castiga delitos amorosos, al convertirse en aliento de las flores, en alígera mensagera de quejas y suspiros y en sutilísima inspiradora de dulces afectos y celosas inquietudes, presenta el magnífico espectáculo de la naturaleza entera alternativamente inquieta y embelesada al vivífico soplo del

amor.—Desciende á la vida real sin perder en nada su grandeza, y sabe dar á los cuadros más íntimos y familiares aquella maravillosa lontananza en que consiste el gran secreto del arte.—*Antes que todo es mi dama*, exclama D. Félix corriendo á socorrerla, y anteponiendo esta obligacion á todas las que al mismo tiempo y con igual empeño le solicitan.—*No hay burlas con el amor*, confiesa afligido el desenfadado D. Alonso al sentirse profundamente enamorado de aquella peritísima señora á quien por burla comenzó á requebrar.—Verdadero y sublime es el amor de D. Cárlos en *No siempre lo peor es cierto*: al sentirse ofendido de su dama, domina valerosamente sus celos, y, creyendo comprometido el honor de ella, acude á restaurarlo, pretendiendo casarla con el hombre á quien juzga amado; porque un pecho generoso no puede tomar otra venganza de una mujer que obligarla á comprender el noble corazon que ha perdido.—Tremendos son los efectos de la amorosa llama en la singularísima creacion de *La hija del aire*. Aquel Menon, favorito de Nino, que al dar libertad á la salvaje Semíramis, se apasiona de ella hasta el punto de intentar elevarla desde la gruta en que la encuentra hasta el palacio en que él habita; que competido despues por su rey, insiste en su empeño y tiene el valor de confesárselo á él mismo, y envenenado con el recuerdo del momento en que fué correspondido, suelta la rienda á su pasion y pierde la privanza, la hacienda, el honor, y hasta los ojos que el rey, ya tirano, manda sacarle para que no la vea; y áun así busca á tientas los sitios donde pueda oir aquella voz tan funesta como idolatrada: aquel rey tan justo por su naturaleza, tan impío por su pasion; aquella soberbia Semíramis, que abandona á su bienhechor, avasalla á su soberano y sube al trono pensando en mayores grandezas, dejan el ánimo conmovido y absorto, tristemente considerando que no hay catástrofe á que el amor no pueda con-

ducir, ni sima más difícil de llenar que el alma de una mujer ingrata.

El Tuzaní de las Alpujarras nos enseña á *Amar despues de la muerte*; y puesto que el amor traspasa la tumba, más allá de sus dinteles le persiguen los desesperados celos del Tetrarca de Jerusalen.

Vemos, pues, que la religion, el valor, la lealtad, la honra y el amor, tienen en su teatro la misma importancia que en su tiempo.

Humano y universal, sin dejar nunca de ser español, compuso sus obras con los mismos elementos que constituian nuestro carácter. Animadas por su génio, contemplamos eternamente vivas las altas cualidades de nuestros padres, como, merced á la ceniza del Vesubio, nos paseamos hoy por las calles de Pompeya.

Esta, que era parte, se ha convertido en cuerpo de mi discurso, ganando insensiblemente el espacio destinado á las otras.—Eso tienen los grandes monumentos arquitectónicos: la armonía del todo disminuye el tamaño de cada una de las partes, que examinada aisladamente y de cerca cobra de súbito sus colosales proporciones.

No puedo ya detenerme en contestar minuciosamente, como era mi propósito, á todos los cargos fulminados contra nuestro autor desde que en el siglo pasado comenzó á penetrar nuestra literatura el espíritu francés hasta la triunfante aparicion del romanticismo: revolucion á que en gran manera contribuyó la influencia contrariada, pero nunca extinguida, de las obras que analizamos: batalla que, como el Cid, ganó Calderon despues de muerto.

Ordenando los inmensos materiales, hacinados por Lope, y cuidando ante todo de la disposicion dramática de sus planes, no niego que sólo cultivó sus otras cualidades lo nece-

sario para manifestar que las poseia; género de descuido que ha dado ocasion á muchos de sus críticos para acusarle de incorreccion en el estilo; de falta de provechosa doctrina en los asuntos, y de variedad en los caractéres.

Cierto que era incorrecto; pero como lo es, examinada por partes, la naturaleza: estos detalles defectuosos, sólo vistos desde la altura del conjunto, adquieren sus debidas proporciones. Perfectísima hallariamos la naturaleza, si pudiéramos contemplarla desde la mente del Creador. Indignos sin duda de entender en estas materias son los que pretenden convertir al artista en mero expositor de máximas morales, ó en juez severo que administre recta justicia entre los personas jes de su fábula. Juzguemos de la moralidad de una obra por los instintos ó pasiones que despierte; por la impresion final que deje en el alma, y no por la acertada distribucion de premios y castigos.—Y en cuanto al provecho, harto sirve á la humanidad el que la ennoblece cultivando su imaginacion; facultad del alma que, suprimida, se llevaria consigo todo el encanto de la existencia. Bien pudiera evocar, á más de los ya citados, nuevos caractéres que defendieran á su autor del cargo injusto de no saber describirlos ni variarlos: vendria entre ellos aquel D. Lope de Figueroa, tan sóbria y magistralmente trazado, que al crítico francés Vice-Castell que ignoraba que fuese un personaje histórico, hizo exclamar: «Este hombre parece que ha existido.» No juzgo necesaria mejor defensa.

Ni ya me es posible, sin fatigar vuestra atencion, considerar á Calderon como filósofo, ni, lo que más siento, examinando el teatro anterior á su tiempo, dentro y fuera de España, demostrar los grandes y variados recursos y felices innovaciones que introdujo en el arte: tanto como á su ardiente españolismo, debió á esta rara cualidad el cetro que Quintana acata en sus manos.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA BIBLIOTECA

La perspectiva teatral, clara siempre á sus ojos, como nota entusiasmado Schlegel; el inmenso horizonte de que rodea los cuadros que traza; la fria exactitud con que calcula el efecto; la rica fantasía con que lo poetiza, cualidades antitéticas que nadie, ántes ni despues, ha logrado juntar en grado tan eminente; la inagotable inventiva de su fábula; la amplitud con que la dispone; la facilidad con que la reconcentra; la serena superioridad con que la domina, apareciendo siempre lógico y siempre inesperado, ponen en su teatro un sello de grandeza y originalidad, que nosotros no podemos apreciar cumplidamente porque, difundida su influencia por todas las venas de la literatura dramática, ántes hemos conocido las imitaciones que el modelo, y no percibimos en toda su fuerza la alta novedad que con tanto regocijo y asombro gozaron sus primeros espectadores.

Corneille le debe su *Heraclio*; Moliére halló sus *Mujeres literatas* en *No hay burlas con el amor*. En *El mágico prodigioso* está *El Fausto* de Goethe. *Gustos y disgustos son no más que imaginacion* sugirió á Dumas la *Gabriela de Belle-Isle*. En *La hija del aire* están idénticos los caractéres que dieron vida á *Catalina Howard*. Una sola cualidad de Calderon le bastó á Scribe para dominar por largo tiempo el teatro de Europa. Muchos son sus imitadores; todos sus favorecidos.

No ha dado despues el teatro un paso tan gigantesco como el que dió á su impulso. Si en él expuso una sola civilizacion, hizo capaz su esfera de contener todas las sucesivas evoluciones del espíritu. El alma es de su tiempo, la forma parece inspirada por el presentimiento de los futuros.

La patria le debe un monumento elevado en honra de todas sus grandezas morales: el mundo la dilatacion de las fronteras del arte; y un alto ejemplo de integridad y honor

los que fueron testigos de su vida.—El poeta despertó un entusiasmo que aún no se ha extinguido; el hombre mereció un respeto á que jamás osaron la mordacidad ni la envidia en el siglo de Quevedo y Villamediana.—¡Rara y dichosa union de la virtud y el génio! ¡Feliz mil veces quien tales dones recibe del Creador, y más feliz todavía quien tan dignamente los emplea!

CONTESTACION

DEL SEÑOR

MARQUÉS DE MOLINS.

SEÑORES:

Muchos años hace ya que una de esas tempestades políticas que aún no han cesado en España, tenia alejados de su suelo pátrio á dos ilustres hijos de Andalucía, de los que más gloria han dado con su palabra á nuestra tribuna, más fama con su pluma á nuestras letras, más honra con su nombre y sus trabajos á esta Academia.

Las sillas que en ella ilustraron están ya ocupadas por dignos sucesores suyos; pero su memoria subsistirá viva para todos, y los que fueron ántes cooperadores con su palabra, se tornarán en autoridades con sus escritos para el trabajo permanente que nos está encomendado.

Ya adivinais, señores, que me refiero á nuestros inolvidables compañeros y maestros D. Antonio Alcalá Galiano y D. Ángel de Saavedra, Duque de Rivas, predecesor el uno del nuevo Académico á quien acabais de oir; antecesor mio el otro en este difícil puesto en que vuestra indulgencia una y otra vez me ha colocado.

En la ocasion á que me refiero, ambos insignes proscriptos daban ejemplos, no con sus palabras solamente, sino con sus escritos, de estóica resignacion y de levantado pa-

triotismo, ilustrando la historia y enriqueciendo la literatura de la lejana patria, ora en las populosas orillas del Sena, ora en las más benignas márgenes del Loira.

Pintaba el uno en español romance las novelescas córtes de Córdoba y Burgos, y daba á la estampa, si no la más popular, sin duda la más importante de sus producciones: *El moro expósito.*

El otro proscripto, el Sr. Galiano, fiel y cariñoso con su amigo, con aquella amistad que comenzando en los juveniles devaneos de Andalucía, en donde casi á la vez nacieron, llega providencialmente hasta el sepulcro, al cual casi tambien á un tiempo habian de bajar; el otro, digo, el Sr. Galiano, pone al servicio de su amigo sus conocimientos familiares en idiomas extranjeros, y su pasmosa erudicion en todas las literaturas, mostrándolo aventajadamente, ya en la dedicatoria á Sir John H. Frere, que escrita en la lengua de Shéridan precede al poema español, ya en el prólogo que le sirve de introduccion y comento.

En aquel breve pero luminoso escrito se hallan estas notables palabras, que aún más que á la leyenda de Mudarra. parece se refieren á la docta disertacion que acabais de oir,

«No se atina, decia Galiano, por qué en España, donde »áun hoy dia son justamente venerados Lope, Calderon y »Moreto, no haya de examinarse y discutirse si la clase de »drama que ellos concibieron es susceptible de cultivo y »mejoras para dar de sí una produccion *nacional*, robusta y »lozana, en vez de la planta raquítica que manifiesta á las »claras su orígen extranjero y aclimatacion imperfecta.»

Puede, como veis, decirse que el Sr. Lopez de Ayala, al elegir el tema de su disertacion, ha cumplido un legado literario de su ilustre predecesor. De qué manera, y con cuánta religiosidad y bizarría lo ha realizado, vosotros, que no yo, podreis juzgarlo: porque de mí sé decir que si me

fuese preciso continuar su discurso, en este punto terminára el mio, no asistiéndome como no me asisten razones para contradecirlo ni suficiencia para comentarlo.

Colocado empero por vuestra eleccion, señores Académicos, en puesto que impone el honroso deber de llevar en tales solemnidades la voz de la Academia ó de elegir quien lo haga, he creido que no os pareceria mal en mí un tanto de codicia en esta ocasion, mostrando cuánto estimo la honra que por tercera vez me habeis hecho; y aprovechando de paso la oportunidad, que se me ofrece, para dar la bien venida al nuevo Académico, y para congratularme con él de que venga á entretejer las flores de su elocuencia á la corona que de antiguo consagra nuestra Academia al inmortal autor de *La vida es sueño*; á justificar con su conducta literaria cuál sea el verd adero camino que ha de seguirse en el teatro nacional; á demostrar, en fin, con sus razones y con sus escritos, coronados hoy por el primer cuerpo literario de España, cuánto yerran los que á este acusan de exclusivo é intolerante en su gusto, en sus doctrinas, en sus elecciones.

No, señores, esa que más bien que escuela parece como religion literaria en el Sr. Ayala, aquí dentro es antigua y tradicional. Más diré todavía: el nuevo Académico es llamado como digno y abrazado como hermano, justamente por haber practicado con acierto y gloria las máximas que ahora ha expuesto; proposiciones ambas que me importa probar.

Hay, en efecto, quien se figura las Academias como una especie de órdenes monásticas, que proscriben y excomulgan cuanto no se ajusta á los severos cánones de Horacio, ó á las más rígidas definiciones de Boileau y de Luzán.

En concepto de estos tales, tiene la Academia francesa en el Palacio de Mazarino, y legaron á la española los Marqueses de Villena, unos como adoratorios (que no pueden llamarse templos) en donde se sacrifica inhumanamente cuan-

to no rinde culto supersticioso *á la forma*, la forma inanimada, la forma tradicional y uniforme de no sé cuál ídolo clásico forjado de vil metal ó tallado de madera ya carcomida.

Los que así piensan tengo para mí que no preguntan ni saben cómo va el mundo: ignoran que en la corporacion fundada por Richelieu se han sentado el autor de *Cinq-Mars* y el de *Los Hijos de Eduardo*, y que á los retratos de los marqueses de Villena forman continuacion los del autor de *La Conjuracion de Venecia* y de *Don Álvaro*. Y digo más, que esos acusadores valdíos, no sólo carecen de noticias, pero hasta de ojos para ver y de oidos para oir; que á tenerlos, bien tropezarian en cada esquina con un cartel ó con un organillo que les recordase que aún vive el académico francés autor de *Lucrecia Borja*, y aún honra nuestros escaños el que inspiró las sublimes melodías de *El Trovador*.

Bien venido sea, pues, el Sr. Ayala, que con las voces de su elocuencia despertará á esos sordos voluntarios, y con la luz de su ejemplo alumbrará á esos miopes de conveniencia, para que se persuadan, que cuanto hay esencialmente grande y nacional en la literatura de nuestra patria, encuentra eco y reflejo en esta Academia, que ni tiene ni quiere más dictado que el de *Española*.

No apelaré yo para probarlo á otro testimonio que al de Calderon, analizado y seguido por el Sr. Ayala: los elogios que en el anterior discurso habeis oido, son aquí de antiguo y constantemente tributados al insigne poeta, así como las calidades calderonianas que brillan en las obras dramáticas de nuestro nuevo compañero son las que le han granjeado el presente lauro.

He nombrado á Luzán entre los doctores del clasicismo, y nadie pondrá en duda que, si el buen gusto pudiera elevarse á religion, reconocería á Horacio como uno de sus fundadores, y al docto aragonés D. Ignacio de Luzán como el res-

taurador español, y áun si se quiere como el reformador de la órden, más severo y rígido en la observancia que los mismos antiguos padres.

Pues bien: este preceptista, que ejerció gran influencia dentro y fuera de la Academia, y que se sentó con justicia y honor sumo en la silla que hoy ocupa el Sr. Campoamor, decia hablando de Calderon:

«Que era el más sobresaliente de todos nuestros grandes »ingenios dramáticos; y que como á su crianza caballerosa y »á la profesion militar que siguió hasta que se hizo sacerdo»te, añadió la frecuencia de la córte y el trato amistoso con »personas de la primera gerarquía, se formó un lenguaje »tan urbano, tan ameno y seductivo, que en esta parte no »tuvo competidor en su tiempo y mucho ménos despues.»

Y añade luego:

«Por lo que mira al arte, no se puede negar que sin suje»tarse Calderon á las justas reglas de los antiguos, hay en »sus comedias el arte *primero* de todos, que es el de intere»sar á los espectadores y lectores y llevarlos de escena en »escena, no sólo sin fastidio, sino con ánsia de ver el fin: »circunstancia esencialísima de que no pueden gloriarse mu»chos poetas de otras naciones, grandes observadores de las »reglas.»

Y concluye contestando á los críticos de esta elocuente manera:

«Á quien tiene las cualidades superiores de Calderon y el »encanto de su estilo, se le suplen muchas faltas, y áun sue»len llegar á calificarse de primores, hasta que viene otro »que, igualándole en virtudes, carezca de sus vicios. Como »esto no se ha dejado ver todavía entre nosotros, conserva »Calderon todo su primitivo aplauso, sirvió y sirve de mo»delo.» [1]

1 *La poética, ó reglas de la poesía*, por D. Ignacio de Luzán, 1737.

Terrible fallo que daba el gran legislador de la escuela moderna clásico-española contra sus compañeros en la Academia, D. Blás Nasarre que se habia estremado en las censuras de Calderon, y Montiano y Luyando que en infelices tragedias huyó de aquel modelo.

No se crea con todo que faltaron estos dos votos para conferir á nuestro gran dramático el lauro que en la Academia se le guarda. Nasarre mismo, antecesor académico del señor Fernandez-Guerra, confiesa, aunque á despecho, «que á »Calderon se le habian levantado altares como á un dios del »teatro, y que su *génio superior* tropezaba *con cosas inimi-*»*tables*:» y Montiano y Luyando [1], apologista de la tragedia, tiene buen cuidado de reivindicar para este género la gloria que alcanzaba en el teatro, *El Tetrarca de Jerusalen*, si bien tirando del cabello la ocasion de hacer el panegírico de los principios horacianos.

La predicacion contínua de los preceptistas, la influencia francesa preponderante, el ejemplo de escritores de aquella nacion, más buscados y aplaudidos por lo que derribaban que por lo que pretendian fundar, introdujeron al cabo en nuestro teatro el clasicismo. El audaz Huerta [2], como en verso se le calificaba, á pesar de su irascible carácter y de su fogoso temperamento, se plega á vestir á la francesa los hijos que da al teatro; y el castellano Alfonso y la judía Raquel adoptan el atavío de Luis XV, que Voltaire habia prestado al mahometano Orosmán y á Semíramis la babilónica. Y sin embargo, no sólo no abjura Huerta de Calderon, sino increpa al mismo Luzán de ligero en sus censuras, y revolviéndose con su natural desenfado, dice: «No será extraño »que el error notado por Luzán, y otros muchos que se ha-

1 Su silla, que ocupó tambien D. Ventura de la Vega, está aún vacante.

2 Académico supernumerario, 1755; de número, 1760; murió 17 Marzo 1787. Su silla está destinada al Sr. Olózaga.

»llan en otras comedias, sean alteraciones hechas por re»mendones ignorantes, ó por los malsines envidiosos, de »quienes Calderon se quejaba juntamente.»

Y al cabo, revelándose contra el gran crítico á quien acusa audazmente de no haber siquiera leido lo que juzgaba, exclama:

«¡Cuántos se habrán engañado con esta autoridad!»

Aún no habia la Academia Española dejado el prestado salon donde, siguiendo la expresion de Moratin puede decirse: *donde retumbaba Huerta*, cuando habia entrado en él un personaje de diversa condicion, tan apacible como sabio, maestro de todos los literatos de su época, y de todos paternal amigo; Jovellanos [1]. Poco hizo para el teatro, y eso no ciertamente en el género de Calderon, pero léjos de negar al grande ingenio su homenaje de admiracion.

Pretendia que para restaurar nuestro teatro se abrieran certámenes anuales, y que «el objeto de la composicion, las »condiciones del concurso, el exámen de los dramas y la ad»judicacion de los premios corrieran á cargo de un cuerpo »que reuna á las luces necesarias, la opinion y la confianza »públicas; y ¿cuál otro, añadía, más á propósito que la Real »Academia de la Lengua?» Por este medio, en fin, se lisonjeaba el celosísimo Académico de que renacieran de nuevo «los dramas de Calderon y Moreto, que ganaron en su »tiempo la primera reputacion, y que son hoy, á pesar de »sus defectos, nuestra delicia, y probablemente lo serán mientras no desdeñemos la voz halagüeña de las musas.» [2]

Al tratar de Jovellanos, fácilmente se escapa á la pluma el nombre de Quintana. No porque haya entre ambos seme-

1 En 1781, supernumerario.—1783, de número.—Hoy ocupa esta silla el Conde de Guendulain.

2 *Memoria sobre los espectáculos.* Edicion de Rivadeneira, pág. 490 y 497.

janza, sino porque es demasiado fuerte su analogía. Nacido el uno de noble linaje en la nobilísima Asturias; el otro, hijo del pueblo, en la feraz Extremadura; aquel con la cruz de Alcántara en el pecho; éste con el amor á la humana igualdad en el corazon: Jovellanos amaba como un héroe de Covadonga la restauracion de antiguas y tradicionales libertades de la patria: Quintana, con la fogosidad con que Cortés ansiaba conquistar un nuevo mundo, se lanzaba por el mar de la revolucion á la conquista de un mundo filosófico nuevo, y de una política nunca hasta entónces descubierta. Dió Jovellanos al siglo presente los mejores años de su vida por la madurez de sus frutos; Quintana los más ricos por la lozanía de sus juveniles flores. Ambos se conocieron y estimaron. Académicos ambos, no se alcanzaron en esta asamblea, sino en otra de mayor y más trascendental influencia: cierto que nadie la logró tan grande como ellos dos en el progreso político y literario de nuestra patria.

Cosa singular, en fin: un mismo héroe fué asunto de la única tragedia de Jovellanos y de la más aplaudida de Quintana—*Pelayo*. Con todo, ni uno ni otro las vaciaron en el molde calderónico. Verdad es que Jovellanos confiesa que *procuró imitar á los poetas franceses*, y que Quintana consideraba su tragedia. no tanto como obra dramática de escuela determinada, cuanto como escrito político de circunstancias dadas: y hablando de esto añadia con gracejo en él desusado: «Tenia yo gana de decir muchas cosas, y no encon»trando un cristiano que quisiera oirlas, tuve que buscar un »moro para decírselas todas.»

Sea de esto lo que quiera, nadie negará á Quintana, además de su primacía como poeta lírico, su magisterio y autoridad en el buen gusto; pues oid cómo se explica en una composicion dirigida con mejor intencion que fortuna á esta Academia y que ha citado el Sr. Ayala.

Allí, despues de hablar *del ingenio de Lope omnipotente*, añade estas palabras:

> Más enérgico y grave, á más altura
> se eleva Calderon, y el cetro adquiere
> que aún en sus manos vigorosas dura.
> Dichoso si la fuerza con que hiere,
> si al fuego y á la noble bizarría
> en que hacerle olvidar ninguno espere...

Volviendo un momento á Jovellanos, importa recordar que juntó á otras merecidas glorias la de ser vínculo de union entre las dos más célebres escuelas literarias de España, la Salmantina y la Sevillana.

Salamanca, merced á la residencia de su sabio obispo Tavira, de Melendez, de Cienfuegos, Gallego y Quintana, se habia mostrado digna de su antiguo renombre de Atenas Española, y habia preparado para estos escaños académicos á todos aquellos doctísimos varones. Sevilla habia sido, como ahora se dice, más celosa de su *autonomía*, y habia fundado una Academia aparte; pero desde ella envió á este sitio tal representante, que bien puede valer él solo por muchos más: á él, como historiador, confirió Jovellanos mismo la noticia biográfica de Florida-Blanca; á él, como poeta, legó Melendez su lira en sentidos é inmortales versos; á él, en fin, como crítico y erudito, dió Quintana parte en la redaccion del célebre *Semanario Patriótico*.

Ya sabeis de quién hablo, del insigne maestro D. Alberto Lista [1], de quien se puede decir:

> Que si no venció el teatro,
> enseñó quien las venciera.

¿Necesitais vosotros, ilustres discípulos y dignos compañe-

1 D. Fermin de la Puente ocupa su silla.

ros del insigne humanista, que os recuerde yo cuánta importancia daba él á Calderon?

En su erudito curso de literatura explicado en el Ateneo de Madrid le consagró ocho lecciones, cuyo anuncio sólo es una descripcion apologética del ingenio á quien se dedicaban.

«Tantas y tan grandes prendas dramáticas (dice el célebre »académico) bastarian por sí solas para hacer superior á Cal»deron á todos sus predecesores, incluso el mismo Lope, á »pesar de la sinceridad y nobleza con que el mismo Calde»ron le cita en varios pasajes de sus comedias.»

Y luego, hablando de las prendas de caballero que Calderon poseia en alto grado, añade: «esas mismas prendas eran »las generales de las personas distinguidas... las cualidades »propias del noble español eran la piedad religiosa, el valor, »el amor, el respeto al bello sexo, la generosidad y la leal»tad. Si Calderon queria interesar á sus contemporáneos, »bastábale describirse á sí mismo.» [1]

Decidme, señores, este sentido panegírico, que fué un dia el programa de las lecciones de Lista, ¿no os parece que viene á ser hoy el compendio del magnífico discurso del señor Ayala?

¿Quién ha podido hallar más delicado elogio, ni, una vez hallado, amplificarlo mejor? Y sin embargo, ved cuán vehemente es mi pasion: áun á riesgo de parecer irrespetuoso con mi maestro, exigente con mi amigo, con todos descontentadizo, os diré que tengo su encarecimiento por inferior al mérito mismo de Calderon.

Su vista se extiende á más dilatado espacio que el comprendido entre los Pirineos y las costas ibéricas; su vuelo se

1 Lista: *Lecciones de literatura española explicadas en el Ateneo.* Tomo 2.° páginas 2 y 3.

levanta á más altura que la de la atmósfera que cubre nuestra península.

Tiempos atrás, encargado yo por el mismo Lista de suplirlo, analizando en la cátedra *La vida es sueño* traté de demostrarlo; hoy fuera ocioso repetir los argumentos y las pruebas. Acudiré en vez de ellos, segun el plan que me he trazado, al testimonio de otro ilustre académico, el Sr. Pastor Diaz, discípulo de Quintana, compañero de Lista en las cátedras del Ateneo, el cual dice: «Lope de Vega, Tirso de »Molina, Moreto, Alarcon, Rojas y el *grande Calderon* se »elevan todavía en medio de la literatura *europea*, como se »alzan en una extensa cordillera las cumbres más eminentes »de donde descienden los rios y manantiales que han de fe»cundar la llanura tendida á sus piés.»

Así es la verdad: y cuando el grande ingenio en sus dramas ideales ó filosóficos nos prueba que *La vida es sueño*, que *En esta vida todo es verdad y todo mentira*... su grandiosidad se eleva á punto en que forzosamente ha de ser vista, no sólo por la nobleza de Castilla ó por la raza española, sino por cuantos á fuer de hombres se interesan en el conocimiento de la verdad y en el engrandecimiento del alma. Espectáculos que tienen por argumento y por actor á la humanidad, han de tener al género humano por auditorio, y al mundo por teatro.

¿Y qué podrá decirse de los dramas de asuntos religiosos, sino que es necesario acudir hasta Dante para encontrar otro poeta que recibiese tan directamente del dogma la inspiracion, y que nadie sino Calderon la ha devuelto al dogma en acentos de más divina armonía? Al poema de Dante se ha dado por él y por la posteridad el nombre de *Divina comedia*; las comedias de Calderon forman á su vez un *Poema divino*: la teología, el dogma en su más elevada expresion inspiraron á uno y á otro.

Y reclamar para tales hombres una legislacion estrecha ó una nacionalidad limitada, será identificar su persona, pero no medir su grandeza. Como fuera mezquino apellidar al Atlas *marroquí*, y calificar los Andes de *chilenos*. No; esas ingentes masas son los huesos del gigante cuerpo del universo; su destino quizá es dar solidez á los continentes, ó contrapeso á los mares; quizá es atraer más copiosa la lluvia de los cielos: el estado en que radican desaparece bajo su inmensidad.

Gloríese, pues, sin egoismo mezquino, la nobleza, el pueblo y el sacerdocio de España de que se eleve en medio de ellos ese majestuoso monte, en cuyas alturas cesa toda terrenal vegetacion, cuyas cimas cubiertas de perpétua é inmaculada nieve reflejan vivamente el eterno sol de justicia, y cuya inaccesible cúspide se pierde entre las nieblas del cielo.

Ocasion es ya de recoger los últimos votos que acerca de Calderon han emitido ilustres Académicos; pero lo tengo por ocioso, andando como andan en manos de todos las obras didácticas de Martinez de la Rosa, Burgos y Gil y Zárate. Ni me costaría gran trabajo hallar en los escritos de Donoso y de Balmes, ó en los elocuentes discursos de Galiano, de Mora, de Pacheco y Pidal, flores cogidas ó consagradas al gran poeta. Las sillas de estos insignes Académicos aún no se han ocupado; ¿qué mucho que sus voces elocuentes aún resuenan en los oidos de todos [1]? Además, señores y compañeros mios, vosotros no sois como aquellos hidalgos negligentes que deslustran ó ignoran la historia de sus mayores, desoyen y olvidan el consejo de sus padres; vosotros sabeis

1 En la vacante del Sr. Galiano ingresa el Sr. Ayala; para la del Sr. Mora fué nombrado el Sr. Rios Rosas, y las de Pacheco y Pidal están destinadas á los Sres. Selgas y Aparici.

bien los hechos y escritos de los que aquí os han precedido, y no sólo seguis sus tradiciones y trabajos, sino que acrecentais sus glorias.

Por lo que á vosotros mismos se refiere, el público señala con el dedo en las sillas académicas, ora los catedráticos y críticos que le enseñaron á buscar las bellezas de Calderon y á complacerse en ellas, ora los grandes dramáticos que acrecentaron con caudal propio la rica herencia calderoniana.

De uno, sin embargo, no puedo callar; su sitio en la Academia aún está vacio; [1] en mi corazon no se llenará nunca. Ya sabeis de quién hablo, del inolvidable autor de *El hombre de mundo* y de *La muerte de César*; el ménos á propósito, al parecer, para elogiar ni tolerar siquiera las osadas doctrinas del más independiente de nuestros dramáticos: ya sabeis cómo era Vega; cuán severo en sus doctrinas literarias; cuán ático en su gusto; cuán correcto, regular y asíduo en el culto de la forma. Pues oid cómo se expresa:

Habla *El tiempo*.

Cercano al famoso sitio
á quien llamó la morisma
la Almudena, y hoy es templo
de la sagrada María,
otro templo más humilde
verás, que frontero mira
á la torre que aún recuerda
los laureles de Pavía.
El Salvador es llamado,
caduca fábrica antigua,
que ya á mi peso se rinde
y va á desplomarse en ruinas.
Allí, en el rincon oscuro
de solitaria capilla,
que con trémulos reflejos
una lámpara ilumina,

1 Para él está elegido el Sr. D. Cayetano Fernandez.

hay un sepulcro, que nadie
por lo modesto diria
que encierra en su helado centro
de alto varon las reliquias.
No pórfidos lo sustentan,
ni alabastros lo cobijan,
ni sobre él descuella mármol
quien posa dentro ceniza.
Mas allí los restos yacen
del claro ingenio, que un dia
á España admiró, y ahora
á España y al mundo admira.
Del que á su placer moviendo
ora el llanto, ora la risa,
Desde el celoso *Tetrarca*
Al *Jardin de Falerina*,
agotó cuantos donaires,
cuantos conceptos la rica
habla castellana ofrece
á la hermosa poesía.
Del que noble por alcurnia,
(como en su pecho lo indica
del Santo Patron de España
grabada la roja insignia),
á la nobleza heredada
supo juntar la adquirida,
inspirando en dulces versos
amor puro, amistad fina,
orgullo sin vanidad,
emulacion sin envidia,
honor, lealtad y firmeza,
discrecion y valentía.
Y en fin, ¿para qué me canso?
cuando basta que te diga
¡Calderon! que en este nombre
todo lo grande se cifra.

Si excitada vuestra curiosidad por este magistral romance, me preguntais dónde y con qué ocasion se escribió, os contestaré que en una funcion dramática que para costear la traslacion de los restos de Calderon hizo el Liceo de Madrid. Si quereis saber lo que era ese Liceo, entónces tan popular, hoy ya olvidado, os diré que era una sociedad de mayor con-

tentamiento que estudio, que á la sazon presidia yo con buen celo, y que ántes que yo habian dirigido con sumo acierto y áun gloria dos dignos académicos que me escuchan [1]. ¿Quereis más, quereis que os diga qué hacia el Liceo, y qué títulos tiene para citarse en este respetable recinto y en la solemnidad presente? Pues os diré que para él compusieron nuestro antiguo Director, el Sr. Martinez de la Rosa, su drama *El español en Venecia*, y nuestro Director último, el Duque de Rivas, el suyo de *Solaces de un prisionero*, ambos calderonianos. ¿Quereis, por último, saber qué representaba en el mundo culto aquella numerosa y á veces revuelta asamblea? Pues nuestro compañero el Duque de Frias, premiado allí en público concurso, le definia diciendo: que el Liceo era el Congreso, y la Academia el Senado de la República de las letras. Ved, pues, si será legal la fama de Calderon, cuando el uno le erige el monumento de su *Tumba salvada*, y el otro el de su *Edicion escogida*.

Ya lo veis, mi nuevo y querido compañero, vuestras convicciones, que más bien que máximas de escuela parecen en vuestro ánimo á manera de credo y culto literarios, son aquí, segun os dije, antiguas y tradicionales.

Sois por tanto bien venido, sí, como me resta demostrar, habeis ganado vuestro asiento, no con fé muerta, sino con obras vivas; no con principios abstrusos, sino con poemas cien veces justamente coronados.

Acontece, señores, con las creencias literarias como con otras de más sublime orígen y de más trascendental importancia: unos las alcanzan á costa de peregrinar sedientos y fatigados por el desierto de la duda; otros consiguen descansar en ellas despues de haber intentado uno y otro sendero ancho y ameno en su principio, en su paradero de ari-

1 Los señores Escosura y Olivan.

dez y escabrosidad sumas; otros, en fin, dichosos sin vagar en la incertidumbre, ni ser heridos por el desengaño, lo encuentran todo en el regazo de su madre, en el hogar de su familia, en los juegos de su infancia, en los regocijos populares del lugar nativo.

Esta pienso yo que fué la suerte del Sr. Ayala en sus convicciones literarias, y me lo da á entender el ver con cuánta seguridad y donaire traza una comedia *de capa y espada* cuando apenas contaba diez y seis años.

Si os refiriese el asunto de *Los dos Guzmanes* os pareceria, señores, oir el argumento de una comedia de Calderon, hecho por quien apenas tenia tiempo de haber leido algunas. Bien así como el muchacho remeda las ceremonias de la iglesia, que no comprende, y calca los cuadros que heredó de sus padres.

Tiempo vendrá que aquel remedador del rito sea celoso propagador del culto, y que el calcador tímido se torne imitador valiente.

Aspirando á esto decia sin duda el Sr. Ayala: «para renovar el teatro de Calderon, yo pondré en escena los personajes y los sucesos de su época, y así en ellos el lenguaje y el estilo calderonianos serán propios como la ropilla y los gregüescos: la historia me bosquejará los caractéres y me suministrará los desenlaces; yo los pintaré con el color vivo que la filosofía y la crítica han facilitado en nuestros tiempos.»

El hombre de Estado es la realizacion de este propósito.

D. Rodrigo Calderon, aquel triste ejemplo de la instabilidad de la fortuna; aquel ministro de tantos crímenes acusado, y de uno sólo convicto; aquel orgulloso privado, que al decir de los historiadores, y segun poéticamente repite el autor, más fué condenado por los vicios que inspiró que por los que tuvo, es el protagonista del drama.

D. Rodrigo se cree digno de llamarse hombre de Estado cuando se experimenta capaz de inmolarlo todo á su ambicion: ha olvidado á su primera amante, desatendido á su amigo de la infancia; sacrifica primero á su protector, luego á su amada, y se vale de los crímenes de sus seides para extender su poder, y de la corrupcion del príncipe para perpetuarlo.

Al cabo el ciego ministro cae en el lazo que tenia tendido, y se despeña de la cumbre á que habia trepado: y entónces, cuando el castigo político es inevitable, el gran enseñamiento moral aparece, y los consuelos providenciales descienden como rocío sobre aquella alma que la ambicion y el poder habian hinchado sin alimentar, y exclama:

RODRIGO. Morir, Zúñiga, es rigor,
y yo en morir no vacilo,
que el instante más tranquilo
es el instante mejor.
En vano el hombre se afana
la existencia en dilatar:
pues mañana ha de llegar,
lo mismo es hoy que mañana.
La muerte me halla propicio,
y áun tengo á felicidad
entrar en la eternidad
por la puerta del suplicio.
Y porque se satisfagan
los que os han mandado ahora
de cuánto yerra é ignora
ese mundo á quien halagan,
decidles, Zúñiga, que hoy
que en la prision me han juzgado
abatido y desgraciado,
grande y venturoso soy.
Si alguna ofensa me han hecho,
mi muerte no han de impedir,
pues con dejarme morir
me dejaran satisfecho.
Á vos, que estais en la vida
sujeto á su desventura,
hoy, como prenda segura

de mi eterna despedida,
daros un consejo quiero
que yo, Zúñiga, aprendí
viviendo como viví
y muriendo como muero.
Sabed que dentro del alma
la mayor grandeza existe,
y la ventura consiste
en saber gozar de calma.
Viviendo en paz, sin violencia
nuestro fin llegar se advierte,
y ver en calma la muerte
hace feliz la existencia.

BALTASAR. Vivid, y amigos los dos
seremos en adelante.

RODRIGO. Bástenos serlo un instante
en la presencia de Dios.

BALTASAR. ¡Oh! dilatad la existencia;
vivid al ménos y orad.

RODRIGO. Supla la eterna piedad
mi falta de penitencia.

BALTASAR. Mandadme, pues, que anhelante
mi afecto os quiero mostrar.

RODRIGO. Con ver á todos llorar
tengo, Zúñiga, bastante.
Vuestro perdon sólo ansío.

BALTASAR. Con el alma y corazon.

RODRIGO. Y en cambio de este perdon
tomad el ejemplo mio.

Sin duda habrá críticos eruditos que recuerden aquí tal ó cual personaje, tal jornada ó cual comedia de Calderon; pero cierto es que no pensaba en ello el poeta que tan sentidamente escribia estos versos en el rincon de un pueblo de Extremadura, y ménos aún lo tenia presente el público madrileño cuando, dudando entre el llanto y el aplauso, pedia á voces el nombre del autor, y sabia con sorpresa que era un jóven que rayaba apenas á la sazon en los veinte y un años.

Por otra parte, esa escena sola, ese carácter entero y tierno á la vez explican una expresion proverbial en nuestra lengua y una tradicion simpática en nuestro pueblo, al pa-

recer entre sí contradictorias: dícese del sugeto grave y circunspecto que con ánimo y esfuerzo inflexible soporta las contrarierades, que es *más tieso que D. Rodrigo en la horca*..... y al mismo tiempo el pueblo de la córte, olvidadizo en sus afectos y hasta en los escarmientos, y que no se acuerda dónde vivió Ercilla, dónde murió el Marqués de Villena, el de la redoma, ó dónde yacen Lope de Vega y Velazquez, conserva memoria de que D. Rodrigo Calderon vivió en la calle Ancha, fué ajusticiado en la Plaza Mayor, y estuvo sepultado en el Cármen descalzo, hoy parroquia de San José.

Á este mismo género de libre imitacion pertenecen *La Estrella de Madrid* y Rioja, cuyos argumentos están tomados tambien del dramático reinado de Felipe IV.

No los he de referir yo ciertamente, porque la ocasion no me lo permite: el análisis de uno sólo de estos poemas excediera el tiempo que me resta, y que vosotros ya con sobrada generosidad me otorgais.

¿Pero cómo prescindir del empeño que he contraido? ¿Cómo, si ya os he mostrado la religion y el valor del *Hombre de Estado*, no os he de manifestar ahora la generosidad y el amor del poeta?

Rioja, el cantor dulcísimo de la rosa y de la arrebolera, habia llegado por su admirable talento á ganar el puesto de secretario del Conde-Duque de Olivares, privado del rey, y por su corazon, más bello aún que su talento, habia inspirado á la tierna Isabel, sobrina del poderoso ministro, una pasion de quien ella misma dice:

> Amor que forma infinito
> el alma grande de dos,
> que ya la mano de Dios
> en los cielos tiene escrito.

Pero Rioja ántes que hombre público habia nacido hidal-

go; ántes que amante era hijo, y debia la vida y la honra de su padre á dos caballeros de la casa de Mendoza: se ve por las circunstancias que forman el drama obligado á ceder al uno el alto puesto por él tan merecido, y al otro la dama de quien era tiernamente amado.

No hay, sin embargo, razon para admirarse de esto, pues que Rioja no considera, á ejemplo de un dramático moderno francés, la popularidad, el poder y el empleo como otros tantos *efectos públicos* sujetos á cotizacion y á corretaje. Bien claro lo dice:

No es este afan de opulencia,
de tantos males fecundo,
quien me mueve á dar al mundo
señales de mi existencia.
Mis pensamientos aspiran
á otro fin; por otros modos
hombre soy; los hombres todos
respeto y amor me inspiran.
Y anhelo ansioso que aclame,
de gloria lleno, mi nombre
la fama, para que el hombre
tambien me respete y ame.
De esta manera me exhorta
el genio á quien me abandono;
los méritos ambiciono,
que el premio poco me importa.
Para el alma que apetece
respeto sólo y amor,
¿dónde hay un premio mayor
que saber que lo merece?

Ni el amor, en concepto del poeta y del personaje español, es esa pasion mezquina y vana que un realismo fotográfico nos retrata, y que necesita estar vestida por Worth y peinada por Félix; que depende hasta de que *una puerta esté abierta ó cerrada*. Ama Rioja ausente, porque ama para obrar su virtud, no para destruir la agena.

Y es tan pura esta pasion
que al bien constante me exhorta,
que cuando el alma se muestra
más noble y más generosa,
juzgo que está, donde quiera,
más cerca del bien que adora.

¿Cabe, señores, generosidad más liberal, amor más puro, abnegacion más desinteresada?

Pero acompañemos al Sr. Ayala en la última etapa (como ahora se dice) de sus progresos dramáticos. Ya le habeis visto primero escrupuloso y fiel en sus copias; ya le acabais de contemplar acertado en sus libres imitaciones: ahora, en fin, le estudiaremos en aquel último grado de asimilacion en las ideas, de identificacion en los pensamientos, de purificacion y armonía con su modelo que, si hablaramos en lenguaje místico, podriamos llamar *union perfecta*.

Semejante estado intelectual tiene en el Sr. Ayala dos manifestaciones patentes.

1.ª La de refundir dramas de Calderon á manera de hábil restaurador de cuadros; es decir, sin dañar al original, y dejándolos como el autor lo habria hecho si hubiese alcanzado nuestro teatro.

Y 2.ª Fantasear los cuadros de la edad presente con la viveza de expresion, animado movimiento y brillantez de colorido que el gran poeta hubiera usado, á retratar las clases y costumbres de nuestra sociedad.

Si Velazquez, contemporáneo de Calderon, viviera hoy, cierto que modificaria sus cuadros. ¿Dónde habia de hallar tornos de mano para sus fábricas de tapices, y mosquetes para sus campos de batalla?

Goya, el gran pintor español moderno, tomó de Velazquez la energía del claro-oscuro, la mágia del color, sobre todo, el toque franco y vigoroso; pero no retrató á los personajes de su época

En traje que un tiempo
fué muy señoril,
y agora le viste
sólo un alguacil.

Como el antiguo pintó bufones y borrachos, reprodujo el moderno majos y chisperos; anduvieron sólo de acuerdo en eternizar la pura luz de nuestro cielo, el donaire de nuestras hermosas, el heroismo bizarro de los hijos de España: por eso nos dejaron el cuadro de la toma de Breda y las escenas del Dos de Mayo.

Así Calderon. ¿Pensais que si viviera el ejemplar y modesto sacerdote habia de gastar la larga y rizada melena de nuestros pollos (como ahora se llaman), ó el bigote y la pera de nuestros militares?

Y lo que con su porte acontecería con su talento: era teólogo y controversista, pero no llevaria hoy la teología y la controversia al teatro, sino á los libros, quizá como nuestro Balmes; era vehemente en su imaginacion y poético en su lenguaje, pero no llevaria los arranques de su inventiva á los encarecimientos de su galantería al púlpito, sino al teatro, como nuestro Nicasio Gallego. El corazon humano siempre es el mismo; pero á cada tiempo sus costumbres, como á cada clase y estado sus condiciones propias.

Si Calderon hubiese destinado á nuestra escena de hoy su magnífico drama *El Alcalde de Zalamea*, no lo habria salpicado con los acostumbrados chistes y la eterna hambre del criado Nuño, ni quizá tampoco hubiera dejado tan valdío el carácter del hidalgote D. Mendo, extraño enteramente á la accion.

Ménos aún hubiera puesto en boca de una hija, que refiere á su padre el mayor ultraje que una mujer puede recibir, estas amaneradas razones.

¡Qué ruegos, qué sentimientos,
ya de humilde, ya de activa,
no le dije! (Al forzador.) Pero en vano,
pues (calle aquí la voz mia),
soberbio (enmudezca el llanto),
atrevido (el pecho gima),
descortés (lloren los ojos),
fiero (ensordezca la envidia),
tirano (falte el aliento),
osado (luto me vista),
y si lo que la voz yerra
tal vez con la accion se explica.
de vergüenza cubro el rostro,
de empacho lloro ofendida,
de rabia tuerzo las manos,
el pecho rompo de ira.
Entiende tú las acciones,
que no hay voces que lo digan.

No se crea que yo censuro por esto á Calderon. El público de su época tenia, no sólo costumbre, sino ánsia de esas á manera de cabatinas de la declamacion, que hoy nos parecen de mal gusto, aunque aceptamos todavía las sentenciosas décimas, las agudas quintillas y el artificioso romance esdrújulo, no ménos convencionales que las relaciones que Calderon llamaba por burla *carretillas*.

En cuanto á la figura del hidalgo D. Mendo, completaba el magnífico cuadro del autor antiguo. En él ocupa el primer término la familia de Pedro Crespo; su inocente hija, cuyo pecho aún no ha sentido el primer latido de amor; su hijo, sumiso y valiente, á la par que afanoso por ennoblecerse en el camino de la milicia; Crespo, sobre todo, tipo acabado del labrador castellano; fuerte, pero modesto; paciente, pero denodado; rico con su economía, y generoso de sus riquezas; celoso de su honor, pero no ambicioso de honores; personificacion, en fin, de aquel estado llano cuyo poder habian sembrado en la política de España San Fernando,

Doña María de Molina y los Reyes Católicos; y cuya influencia, adormecida (como la germinacion del trigo bajo los hielos) durante la dinastía austriaca, habia de desarrollarse en la siguiente y de producir hombres de Estado, no como el Marqués de Siete Iglesias, sino como el de la Ensenada; no como Antonio Perez, sino como Jovellanos.

Á otro lado de esta magistral figura de Crespo, aparece el general D. Lope de Figueroa, reflejo sublime de aquellos guerreros como Alarcon y Leiva, que bajo la aspereza militar cubrian un corazon tierno y nobilísimo, una cortesanía esquisita y una galantería caballerosa: bien así como las joyas delicadas y ricas se guardaban en el arca de tosco hierro hecho á martillo.

Contraste suyo es el capitan D. Álvaro de Ataide: uno de tantos campeones de Italia y Flandes, que acudian á nuestras expediciones más por la licencia que por la gloria, que llevaban consigo; y con él, en el drama, como en la guerra, militaban compañías tantas veces victoriosas y tantas sublevadas, así dispuestas á conquistar provincias extrañas, como á entrar á saco nuestros pueblos, y que, en efecto, en el acto tercero mismo contramarchan y se meten por el lugar sin ser llamadas.

Pues bien, así como D. Lope y D. Álvaro se contraponen y explican, así el viejo labrador del estado llano, Pedro Crespo, habia menester el complemento y contraste de esotro hidalgote vano y ocioso; halagando su vanidad con la ejecutoria, y amenguando con su ocio la cuantía de su mayorazgo.

Quizá este personaje que Calderon dibuja en segundo término no agrupa bien con los otros, y áun por eso acertó el refundidor suprimiéndolo; pero en el primer trazo del cuadro era necesario, ya para que la figura del Alcalde saliese por lo claro, ya para que apareciese aquel elemento importantísimo de nuestra economía política y social; la cual te-

nia por base un poder municipal, vigoroso á punto de resistir á ejércitos puestos en movimiento, y por coronamiento, un monarca de todos respetado como ley viva y como justicia poco ménos que infalible.

La accion que con tales personajes se desarrolla, es en gran manera sencilla: Lista la refiere así: «Pedro Crespo, labrador rico, tiene un hijo y una hija: entra en el pueblo un batallon de soldados, y al tiempo de retirarse se le lleva el capitan de una compañía robada á la hija; la fuerza en un monte, y despues la abandona. Pero habiéndole encontrado el hermano de la agraviada, riñó con él y le dió una herida, por lo cual es conducido el capitan al pueblo para curarle. Pedro Crespo dice al capitan, que tome todos sus bienes, que le venda á él y á su hijo por esclavos, con tal que repare su afrenta casándose con su hija.

»No quiso consentir en esto el capitan; Pedro Crespo le puso preso inmediatamente, como alcalde que habia sido nombrado á la sazon, sentenció la causa y condenó al culpable á muerte de garrote, precisamente cuando D. Lope de Figueroa, jefe de aquel tercio, quiere poner fuego al lugar, si no le entregan al capitan. En aquel momento llega Felipe II, pregunta á Pedro Crespo, se entera del crímen, confirma la sentencia y dice: *Bien dada la muerte está*, y á Pedro Crespo deja por alcalde perpétuo del lugar.»

Grandes problemas se suscitan á la simple lectura de este argumento, curiosos para todos, singularmente para los extremados apologistas de antiguos tiempos.

¿Cuál era en ellos la pureza de costumbres?

¿Cuál la disciplina de nuestras tropas?

¿Cuál la pujanza del espíritu municipal?

¿Cuál el límite de la jurisdiccion ordinaria?

¿Cuál la extension del fuero de guerra?

¿Cuál la aspiracion á la unidad en este punto?

Tales preguntas á otras Academias nuestras hermanas atañen, que no á nosotros.

Lo que sí nos importa es reparar que en nuestra escena se consentian situaciones como la de la infeliz hija de Crespo, que hoy no ha podido Victor Hugo mismo hacer aceptables en el más libre de los teatros franceses; situaciones tales que las encantadoras melodías de Verdi nos hacen con dificultad tolerar en *Rigoleto*: y tambien que la jurisdiccion escénica era tan absoluta que se sacaba al teatro al mismo Felipe II, es decir, al abuelo del monarca reinante.

Por donde se ve claramente que á pesar del adagio *allá van leyes do quieren reyes*, en el teatro, los reyes mismos van ó vienen segun la ley del uso, cuya dictadura, siempre vigente, es más poderosa que su realeza.

Reina es tambien, y en verdad la más grande, la más noble, la más magnánima de cuantas han ilustrado un trono, Isabel la Católica, en fin, la que Calderon saca á la escena para castigar el desalmado libertinaje de Gomez Arias, *que en vicios sólo su vivir emplea*, y por cierto que lo manda degollar sin formacion de proceso y á pesar del perdon de la parte ofendida.

Yo no dudo que se ejecutase la sentencia; pero juzgo que anda todavía por el mundo como el *Judío errante* un hijo de Gomez Arias, á él muy parecido, llamado D. Juan. Lo cierto es que en el siglo XVII Tirso de Molina lo encontró aún en Andalucía, habiéndose grangeado el renombre de *El Burlador de Sevilla*, en cuyas iglesias hacia estupendos desacatos. Á la puerta asímismo de la de San Jorge, que hoy no existe en Madrid, lo vió Calderon siguiendo á una Leonor y seguido por una Marcela: llamábase á la sazon D. Juan de Mendoza, [1] pero no cabe duda de que era el Burlador mismo, pues decia de sí propio:

1 No hay cosa como callar.

Que no hay mujer que me deba
cuidado de cuatro dias;
porque, burlándome de ellas,
la que á mí me dura más
es la que ménos me cuesta.

Luégo á principios del siglo XVIII lo retrató de cuerpo entero Zamora y escribió al pié *D. Juan Tenorio*. Con este nombre ha recorrido toda Europa, y lo han conocido en Francia Corneille, y Molière; en Italia Goldoni; en Alemania le vió bailar Gluck y le oyó cantar Mozart; en Inglaterra le halló Sadwell, y no sé si Byron, siempre rondando iglesias, seduciendo mujeres y burlándose de padres y maridos.

No hace mucho que el Sr. Ayala le encontró en la parroquia de San Sebastian con el nombre de D. Juan de Alvarado, y se dijo para sí como la Reina Católica:

Es urgente un escarmiento
que subordine y contenga
á estos padres del ardid,
perseguidores de oficio,
propagandistas del vicio
y zánganos de Madrid.

Pero como inferiréis de estos versos, el libertino, si bien ha conservado su índole, ha mudado de costumbres; como ha guardado el nombre y ha cambiado de apellido.

Así es que cuando le retrató Calderon era militar aventurero, daba músicas en las calles y andaba á caballo por trochas y barrancos. ¿Le incomoda un rival? Pues cierra con él á cuchilladas. ¿Le agrada una niña? Pues la seduce. ¿Ofrece resistencia? Pues la roba. ¿Se cansa de ella? Pues la deja en un monte. ¿Insiste con importunos ruegos? Pues buen remedio, la vende á un moro.

Ahora el burlador vive muy de otra manera: para seguir á la mujer del prójimo *hace plaza de la iglesia*, con lo cual el marido alarmado, dice:

Cuando sorprendo el afan
con que la mira, el bribon
finge estar en oracion
mirando á San Sebastian.
Pero á través de su encanto
contemplativo, yo noto
que es más ardiente devoto
de mi mujer que del santo.

Aquí halla el Sr. Ayala la respuesta á una pregunta que acaba de hacer: en efecto, no tenemos más caridad evangélica que nuestros padres y algo profanamos tambien los lugares sagrados, aunque no tan escandalosamente como Eusebio en *La devocion de la Cruz*.

Asímismo el seductor de ogaño, en vez de cultivar el arte de las bandurrias y el empleo de las rondas, se jacta de poeta no vulgar, y da á la estampa un librillo que se titula *Suspiros*. Tampoco provoca duelos, sino que finge cartas. Y al cabo, más que en agrestes montes se esconde en un prosáico almario, en donde puede el marido encerrarlo y decir con sorna:

Yo me acuesto... Si hay ruido,
mando el almario quemar.
Abur... No siempre ha de estar
en ridículo el marido.

Al comparar el libertino de Calderon y el de Ayala, parécenos que el primero era como el lobo hambriento, audaz y temerario que diezma los rebaños de la Alpujarra, donde pasa la escena; el segundo se asemeja á la alimaña golosa, cobarde y astuta que socaba nuestras viviendas, inquieta nuestro sueño, y merma ó destruye el guardado manjar en que ponemos nuestro gozo y las delicias de nuestros hijos.

Aprestad contra el primer enemigo público el fuego y el hierro: el fuego del infierno como para *Eusebio*, y el hierro del verdugo como para *Gomez Arias*. Para el segundo ene-

migo hay remedios más caseros. Ni se ha revocado nunca ni he de contradecir yo el fallo dirigido por Calderon á uno que llevaba mi propio apellido.

Quien venga su honor, no ofende.

Por lo demás no es extraño que más cauto el poeta contemporáneo se contente con limpiar la casa, sembrando en ella el arsénico del escarnio, arrojando de su hogar y áun de la sociedad decente, cubierto de ridículo y de ignominia al cínico perseguidor de la mujer honrada, del cual ella misma dice:

Si algun espejo brillante
para ver el alma hubiera,
más castigo no le diera
que ponérsele delante.

Bien es verdad que en esta sociedad de ahora no hay reyes que manden sumariamente degollar á nadie, ni niñas bien nacidas que se escapen á campo travieso, ni amantes que las vendan por esclavas, ni siquiera un moro que las compre sin subasta.

Pues si los tiempos traen consigo diferencias en los alardes y en la reprension del vicio procaz, que luce en los paseos, cruza las calles, asalta las casas y atruena las ciudades á son de trompetas, ora lo practique Gomez Arias, ora don Juan de Alvarado; no serán ménos diversos los ardides y los castigos de esotra traicion artera y mañosa que se desliza en el hogar, mancha el tálamo, envenena la conciencia, y ataca y destruye, no la vida sola, sino la honra, que es la vida del alma.

En donde esta comparacion resalta más curiosa é interesante es en los distintos dramas en que el gran poeta antiguo y el moderno han sacado á la escena maridos celosos,

no para recreo y burla, sino para enseñanza simpática y tal vez terrible.

Calderon llama uno de estos magníficos poemas *Á secreto agravio, secreta venganza*, y el agravio es el adulterio, y la venganza es el homicidio. En una comedia de nuestro compañero hay tambien un agravio secreto y una expiacion secreta: no de parte de la mujer, sino del marido; y el agravio consiste en avergonzarse de serlo, y la expiacion llega hasta ser cómplice en la seduccion de la mujer propia.

Calderon nos pintó un marido que, *cierto* de su deshonra, hace sangrar á su infiel consorte y la deja morir desangrada, y llama á esta bellísima tragedia *El médico de su honra*: Ayala nos ha bosquejado un marido que duda de la esposa á quien él mismo ofende, y que en su obcecacion llega hasta proteger á su rival desconocido. Pudo llamarse esta linda comedia *El maestro de su deshonra*; pero Ayala, más modesto, la ha titulado *El tejado de vidrio*.

Si hubiera tiempo de comparar analogías y divergencias, cierto que fuera interesante; pero ¿qué sacaríamos en conclusion?... Lo que ya hemos dicho. Que los vicios, las pasiones, ni se han anticuado, ni son de invencion moderna. Que el corazon es el mismo, como los afectos y los caractéres: la expresion solamente muda, como las costumbres y los trajes.

Tengo para mí que Calderon no conocería un solo personaje de Ayala, y que habia de hallarse muy torpe en nuestros salones... Pero sin lisonja digo que suscribiría buena parte de los versos y prohijaría los nobles pensamientos de su imitador.

En efecto, quien puso en los labios del celoso marido don Juan Roca los versos relativos al honor que el Sr. Ayala ha recordado, no desdeñaría firmar los que éste pone en boca de la celosa y fiel Julia, que en la comedia *El tejado de vidrio* duda tomar desquite de su infiel esposo.

¿Y cuál será mi dolor,
ofendida y sin venganza?
¿Y cuál será mi esperanza,
ofendida y sin honor?
Ya que yo no conseguí
hacer honrado al infiel,
¿habrá de conseguir él
hacerme perversa á mí?
No curarán mi amargura
todos los goces mundanos;
que no pueden ser hermanos
el delito y la ventura.
Disculpa fuera mi accion
de su infame ingratitud:
solo teniendo virtud
tiene una esposa razon.

¿Quién no pensará que ha dictado Calderon las siguientes razones, que en la misma comedia dirige el Conde al desairado seductor?

¡Los rudos tormentos, Cárlos,
hijos de la seduccion!
Si supieras lo que son,
no llegaras á causarlos.
Y no esquives lo que digo,
porque libre te mantienes;
si tienes alma ya tienes
donde sufrir el castigo.
Quien hiciere derramar
el llanto del deshonor,
no tendrá ni paz, ni amor,
ni lágrimas que llorar.
Cuando al vicio las dirijas,
piensa, volviéndote atrás,
que tienes madre, y quizás
tendrás mujer, tendrás hijas...
La culpa engendra la pena,
pena que nadie detiene:
sólo quien honra no tiene
puede jugar con la agena.

Estas analogías entre el poeta antiguo y el moderno, acreditan, no la ciencia adivinatoria del uno, ni el arte imita-

tivo del otro, sino la permanencia de la pasion humana. El hombre la identificó con su naturaleza al comer la primera fruta, y no la arrancará de su ser sino al bajar á la última morada.

Las divergencias de los ingenios tampoco prueban alteracion en la humanidad, sino influencias del tiempo. El arte dramático navega do quiera con esas dos fuerzas: la pasion que siempre subsiste, el tiempo que todo lo altera.

No se cansen los panegiritas de épocas que pasaron: ninguna podrán hallar en que no encuentren Álvaros de Ataide. No se esfuercen tampoco los encomiadores de la edad presente: no podrán restaurar en ella la jurisdiccion enérgica, moral, irreprensible de alcalde de Zalamea.

Descendiendo entre tanto á terreno más llano y á más apacibles consideraciones, habreis de permitir que os lea dos cuentecillos de uno y otro poeta, y me direis despues si estoy alucinado cuando digo que á veces el moderno se identifica con el antiguo. Cuenta Calderon que

> Llegando una compañía
> de soldados á un lugar,
> empezó un villano á dar
> mil voces en que decia:
> «dos soldados para mí.»
> «¿Lo que excusar quieren todos,
> dijo uno, con tales modos
> pides?» Y él respondió: «sí,
> que aunque molestias me dan
> cuando vienen, es muy justo
> admitirlos, por el gusto
> que me hacen... cuando se van.»

En *El Alcalde de Zalamea* ha introducido el Sr. Ayala este otro cuentecillo, que es tambien de soldados y villanos.

> Capitan. ¿Posible es que ni un vecino,
> por ruego ó por amenaza,
> haya sacado á la plaza

un caballo?
SOLDADO. Ni un pollino.
Nada pudimos lograr.
Yo le dije á una mujer
en su casa: ¿no ha de haber
burros en este lugar?
Yo que sí, y ella que no,
estábamos disputando,
cuando un burro rebuznando
la casa entera atronó.
«Escucha, dije, y sosten
que aquí no hay burro escondido;»
y ella dijo: «es mi marido,
que los imita muy bien.»

Ya vuestra ilustrada crítica habrá notado las semejanzas y diferencias. Dejad, sin embargo, que me admire de que habiendo variado tanto de siglo á siglo las costumbres, subsista idéntica la lengua: que siendo tan diversos el rey, el alcalde, el hidalgo, permanezcan invariables el soldado y el poeta.

Así como así hemos variado de instituciones, y no nos hemos libertado de bagajes ni de alojamientos. Y eso que semejantes cargas, tan pesadas se hacian en la época de los *Duelos de amor y lealtad*, como en el siglo de *El tanto por ciento*.

El tanto por ciento; sin querer, señores, he nombrado la obra más popular del Sr. Ayala, la última manifestacion de su doctrina; el drama moderno con caractéres calderonianos.

Pero no aguardeis ni censura, ni aplauso, ni análisis, ni extracto siquiera; un motivo de delicadeza me lo impide.

Cuando corrian las gentes al Teatro del Príncipe á aplaudir la obra, ó á los salones de Jovellanos á decretar coronas al autor, muchos de nosotros acudimos al uno ó al otro sitio: la Academia guardó digna y conveniente reserva. No creyó

que debia aumentar la cola en el despacho de billetes, ó la multitud en la asamblea de la Zarzuela.

Porque, en verdad, estos cuerpos literarios no han de fallar entre aclamaciones de entusiasmo, ni de reclutar sus miembros entre los triunfadores de un dia; sino que han de pronunciar su veredicto en silencio y quietud, y elegir sus miembros entre los perseverantes y laboriosos.

En la profesion de las letras, que es tambien una milicia, el lauro académico no se da á los afortunados, sino á los constantes.

En este campo de la inteligencia no basta vencer, es necesario conquistar.

Por eso venís en buen hora, Sr. Ayala: no porque triunfásteis en la escena pátria, sino porque defendísteis y ensanchásteis sus antiguos dominios. Y por eso tambien los que ántes no quisimos ser ni vuestros jueces ni vuestros heraldos, preveníamos ya para ahora el abrazo de hermanos, y el escaño en que Rivas y Vega y Galiano os habian de hacer lugar.

Subid á él con ánimo, como con justicia; ya que, como he demostrado, sois el continuador de nuestro culto tradicional al ínclito ingenio que os sirve de modelo. Recibidlo fraternalmente, amigos y compañeros mios: trae en las manos, no la corona de un dia, sino catorce obras dramáticas, y muchas más líricas, en las que brillan aquellos caractéres que nuestro Lista alababa en el genio de Calderon.

La religion hasta tal punto, que *El hombre de Estado* desea

> Entrar á la eternidad
> por la puerta del suplicio.

El valor, hasta el extremo de desafiar, no sólo la muerte, sino el patíbulo.

La gratitud y el amor, tan inagotables como en Rioja.

Las demas prendas, en fin, calderonianas, esparcidas, no

sólo en obras de importancia, sino en zarzuelas y poesías fugitivas.

Calderon ha sido su estudio, su modelo, su inspiracion, su vida: primero, en concienzudas y tímidas copias; luego, en valientes y atinadas imitaciones; al cabo, en esa *union perfecta* que se ha manifestado, ya restaurando con pulso sus magníficos cuadros antiguos, ya dando á los contemporáneos el movimiento, el color y el claro-oscuro de nuestro siglo de oro.

Señores Académicos, los que siguen las tradiciones favorables á Calderon, aquí guardadas desde Luzán hasta Vega, yo os presento al que las continúa en teoría y las observa en práctica. Admitidle como amigo; abrazadle como hermano.

En cuanto á vosotros, que tan indulgentes me habeis escuchado; vosotros, la más feliz parte de este concurso, ó por la belleza ó por la juventud, permitid que os pague con un consejo vuestro atencion, no merecida sino en cuanto á Calderon se refiere.

Imitadle: los que cultivais la poesía, en la gracia y bizarría de sus formas; todos, sin excepcion, en la nobleza y rectitud de sus pensamientos. En ello hareis, no sólo una cosa útil, sino patriótica. Los que hemos residido largo tiempo en el extranjero, ó emigrados, ó curiosos, ó representantes de nuestra patria, sabemos que sus antiguas grandezas no han dejado en Europa sino envidia recelosa; nuestras presentes desventuras, cuando no desden, inspiran compasion poco grata. Si á pesar de esto, el español halla do quiera simpatía y áun cariño, es porque sus grandes ingenios, singularmente Cervantes con sus aventuras, y Calderon con sus dramas, han divulgado ese tipo admirable, simpático y caballeroso del carácter español, al que todas las puertas se abren, á quien todas las playas son hospitalarias.

Os lo dice más elocuentemente quien era, como Calderon,

poeta y sacerdote, y quien, como yo, aunque infinitamente más digno, llevó á veces la voz de esta Academia, D. Juan Nicasio Gallego. En la ocasion que os he referido de la traslacion de los restos mortales del gran poeta, decia:

Gloria y delicia de los patrios lares,
¡buen Calderon! de tu fecunda vena
el copioso raudal el orbe llena,
venciendo espacios y cruzando mares.
Difunden hoy tus dramas á millares
las prensas de Leipsick, los oye Viena,
y hasta en las playas bálticas resuena
el cisne del modesto Manzanares.
¡Oh hispana juventud! Si al árduo empeño
de hollar del Pindo la sublime altura
no te alentare porvenir risueño,
esa pompa, ese mármol te asegura
con muda voz que, si *la vida es sueño*,
siglos y siglos el renombre dura.

He dicho.